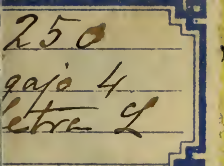


BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SERIAS,

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.

muerte del justo



Se venden en *Madrid*, librería de CUESTA, calle de las Carretas, núm. 9, y S. MARTIN, Puerta del Sol; en *Provincias*, en casa de sus corresponsales.

17

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LA MUERTE DEL JUSTO.

SEGUNDA PARTE

DE

EL CURA DE ALDEA,

DRAMA ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

POR

D. JOSÉ MARÍA DE VIVANCOS,

Para representarse en Madrid en el año de 1873.

OCHO REALES.

MADRID:
IMPRENTA DE GABRIEL ALHAMBRA
CALLE DE SAN BERNARDO, 73.
1873.

PERSONAGES	ACTORES.
MARIA, *mujer de*............	
DIEGO, *hijo de*.............	
D. GASPAR................	
EL P. JUAN...............	
ROQUE, *sacerdote*...........	
ANTONIO..................	
PETRA, *criada y mujer de*.....	
ANASTASIO................	
JULIAN, *hijo de Diego niño de doce años*...............	

La accion es en el mismo pueblo y localidad en que pasa la del *Cura de aldea.*

Este drama (perfectamente escrito) no hallo inconveniente en que su representacion se autorice. Madrid 12 de Setiembre de 1867.=El Censor de teatros=*Narciso S. Serra.*

ACTO PRIMERO.

LA VUELTA DEL SOLDADO.

La misma decoracion del acto primero de la primer parte, con sus árboles, su riachuelo, la ermita, la casa y el puente.

ESCENA PRIMERA.

Aparece ANASTASIO *figurando ocuparse en cualquier faena de labranza, y* PETRA *saliendo de la casa. Son las ocho del dia.*

PETRA. Terminastes tu trabajo?
ANAS. Aun me dura la tarea.
PETRA. Pues las ocho van á dar.
ANAS. No puedo darme mas priesa;
pero qué quieres mujer?
Tantos oficios me cuelgan,
y los dias son tan cortos,
que el tiempo nunca me llega.
PETRA. No murmures, y á Dios pide
que la salud te conceda,
y trabajo te depare,
pues es del pobre la hacienda.
ANAS. No murmuro; mas ya ves,
yo he de recorrer la aldea
sin que falte un solo dia,
para consolar las quejas
de los pobres que socorre
el padre Juan con largueza;
yo dirijo las labores
de la viña y de la huerta;
yo he de cuidar no se apague
la lámpara de la iglesia;
y he de limpiar los escaños;
y he de preparar las velas;
y he de ayudar á la misa;
y por fin, tanto me cuelgan,
que acabarán por colgarme
la albarda de la jumenta.

PETRA. Cómo ha de ser; tú no ignoras
que desde la triste ausencia
del pobre Roque al servicio,
y eso que es larga la fecha,
no permite el padre Juan
que su plaza se provea,
por respeto á su memoria
y al amor que le profesa.
Todos aquí le queremos
como á humana providencia,
y no está bien á sus años,
y tan mal como se encuentra
á causa de sus achaques,
darle por tan poco pena.

ANAS. Por eso lo hago con gusto;
y para que Roque vea,
si Dios aquí nos le vuelve,
que en el lugar se le aprecia
lo mismo que en otros dias,
con amistosa franqueza.

PETRA. Pobrecillo! Cuántos sustos
habrá pasado en la guerra!

ANAS. Pero bien; eso qué importa,
si hay año y medio, muy cerca,
que está siguiendo tranquilo
sus estudios en Valencia?

PETRA. Es verdad; pero no obstante...

ANAS. Y adelanta?

PETRA. Segun cuentan,
como antes de ir al servicio
aprendió sagradas letras,
y allí ha seguido constante
en su vocacion austera,
al volver le examinaron,
y su aplicacion estrema
le ha valido, que en un año
las órdenes le confieran.

ANAS. Y viene aquí á cantar misa?

PETRA. Aquí? Me gusta la idea!

ANAS. Pues en dónde?

PETRA. En Salamanca.

ANAS. Y cuándo?

PETRA. No es cosa cierta,
pues há tiempo que no escribe,
y esto al padre Juan le inquieta.

ANAS. Cuántas cosas vá encontrar
distintas de como eran!

María, ya tiene un hijo
de Diego, que es una perla;
al padre Juan, tan enfermo;
la borriquilla, tan vieja;
el corral, hecho un jardin;
el huerto con tapias nuevas;
y á tí tan guapa y tan mona,
y mi mujer por contera.

PETRA. Pues! Y á tí tan hablador,
tan cerrado, y tan postema.

ANAS. Solo una cosa está igual
y estará hasta que se muera.

PETRA. Qué?

ANAS. El génio de Don Gaspar,
que es una hortiga.

PETRA. Babieca!
No hables mal del que te dá
el pan de su propia mesa,
y de quien mil beneficios
á cada paso recuerdas.
Quién todas esas mejoras
hizo con su propia hacienda?
Quién ayuda al Señor Cura
á socorrer la indigencia?

ANAS. Verdad, verdad, y verdad;
pero tiene una ralea,
que á lo mejor se le sube
el Santelmo á la cabeza;
y en estando de este modo...

PETRA. Se le sufre con paciencia,—
Déjate de tonterías,
y anda, vete á hacer las cuentas,
que es sábado, y hay que pagar
los trabajadores; vuela.

ANAS. Cuando digo lo que digo,
digo bien y mas dijera,
si al decir lo que diría
del dicho caso me hicieran.
Voy á las cuentas, Petrita;
que te entres prontito, Petra. (*vase por la puerta de casa.*)

ESCENA II.

PETRA, *sola.*

Y yo á recojer las flores
y luego á adornar con ellas

el altarito que tiene
el padre Juan en su celda.
Cómo el infeliz anciano
se apurára, si supiera
la persecucion que Antonio
dentro de su casa mesma
emprende contra María,
de quien la quietud altera?
Ella con honra le huye,
mas él por eso no ceja;
Dios haga que Don Gaspar
este misterio no entienda,
y la quietud de este hogar
por siempre desaparezca.
Jesus! (*al volverse se halla á su lado con Antonio.*)

ESCENA III.

PETRA *y* ANTONIO.

ANTO. No te asustes, Petra.
PETRA. Que quiere usted?
ANTO. Que qué quiero?
Hablarte.
PETRA. Pues es en vano.
ANTO. Me escucharás un momento;
pues si he venido hasta aquí
esponiéndome á que Diego
pueda conmigo encontrar,
fué por lograr mi proyecto.
PETRA. Proyectos que la moral
ofenden, no los entiendo,
ni mi conciencia me dicta
entrar por cómplice en ellos.
ANTO. No te vengas con escrúpulos
poniendo el grito en el cielo,
ni me prediques sermones
con tono de misionero.
PETRA. Pues bien; salga usted de aqui,
y no le obligue á mi celo
á que cuente al padre Juan
la maldad de sus intentos.
ANTO. No es esta cuestion de almas;
por lo que respeta al cuerpo,
no es, por mucho que exageres,
el enemigo tan fiero.
PETRA. Concluya usted.

ANTO. Ya concluyo,
á ver si nos entendemos.
Inútil es el decirte,
pues todos saben mi genio,
que segun te comportases
en mí encontrarás el premio.
Oro tendrás si me ayudas;
mas si me vendes...
PETRA. Ofrezco
ser muda como la piedra,
si de su torpe deseo
abandona la esperanza.
ANTO. Desistir? Cuando yo quiero,
no desiste mi teson
hasta llegar á su término.
Por desgracia, ó por fortuna,
desde que vine á este pueblo
me enamoré de María;
sujeta la hallé en los hierros
de su estado: mas no pudo
desechar mi pensamiento
su anhelada posesion,
y dí principio al asedio.
Ella ha dado en despreciarme;
y si bien á bien no puedo,
por la fuerza alcanzaré
de su amor hacerme dueño.
Una entrevista secreta
me es forzosa; tú en silencio
la manera has de buscar,
y á decirte voy el medio.
Sé que á Salamanca vá
á propios asuntos Diego;
la habitacion de María
tiene ventanas al huerto;
tú sin cerrar dejarás
la que está sobre el abeto,
y lo demás no te inquiete,
pues son negocios agenos.
Tengo amigos, y soy rico;
y al fin y al postre del cuento,
la razon ha de ser mia,
cual tuyo será el provecho;
ahora elije, y concluyamos.
PETRA. Pues nada que elegir tengo.
Si Diego me dá su pan,
el padre Juan sus consejos,

María su confianza
y un hogar bajo su techo;
podré con ingratitud
pagar su pan y su afecto?
Podre llamar sobre ella
la vergüenza y el desprecio,
la maldicion de su madre
que la mira desde el Cielo,
y el rencor de su marido
de quien es el embeleso?
Váyase usted, y no vuelva,
si guarda aun en su pecho
de cristiana caridad
y de religion un resto.
Que en estas pajizas chozas,
entre estos pobres labriegos,
hay, si humildad en fortuna,
riquezas en pensamientos.
Un santo varon los guia;
la fé les dicta preceptos;
temen á Dios, mas no temen
venganzas del opulento,
y con su conciencia pura
se burlan de los soberbios. (*vase por la izquierda arriba.*)

ANTO. Vive Dios que me ha humillado,
y no sé cómo me tengo
sin hacer una sonada;
mas no cejaré por eso;
que si antes por un capricho
pábulo dí á mi deseo,
hoy está mi honor herido
y he de triunfar, ó perezco.

CURA. (*dentro.*) Hombre, no corras así.

ANT. El Cura viene; me alejo,
que ya encontraré ocasion,
y en la ocasion nos veremos.

ESCENA IV.

El Padre JUAN, *y* JULIAN.

CURA. Vamos; mira que me enojo;
si das asi en galopar
yo no te puedo alcanzar.

JULIAN. No me caigo.

CURA. Es fuerte antojo
é inhumana voluntad,

querer por ser tan hermosas,
privar á las mariposas
de su santa libertad.
Dios les dió para palacio
de su brillo y sus colores,
el pétalo de las flores
y la region del espacio.
Asi que, con torpe abuso,
turbar no debe el mortal,
el concierto universal
que Dios en sus obras puso.

JULIAN. Me divierte su viveza
y su inconstancia afanosa,
saltando de rosa en rosa
hasta perder la cabeza.
Y ya en el cáliz de nieve,
ya en el rosado capullo,
de sus alas al arrullo
posarse con planta breve,
apurando en la colora,
bajo su libre albedrío,
una gota del rocío
que en ella vertió la aurora.

CURA. Y mientras que su cariño
dá á la flor agradecida,
la libertad y la vida
pierde en tus manos de niño!
Y he aquí, juzgada en su esencia
la imágen, aunque te asombre,
de las pasiones del hombre
y su fatal consecuencia.—
Lanzado desde el nacer
del mundo en el torbellino,
encuéntrase en su camino
dos sendas en que escojer.
Sin flores en su confin
de la ilusion que se vá,
recta la del bien está
con el descanso á su fin.
Pero de espinas sembrado
su terreno, y sin verdor,
por un cobarde temor
el hombre la deja á un lado.—
De verde alfombra cubierta,
rica en aroma que crece,
la senda del mal se ofrece
ante los pasos abierta.

Y entre engañosos trofeos,
brinda, para el torpe instinto
en su estraño laberinto
las flores de mil deseos.
Su dintel pisa el mortal,
y la pobre mente exalta;
y como el insecto salta
desde el jazmin al rosal.
Corre, y corre con su ardor,
y halla, al quererlos cojer,
tras de un mentido placer,
un verdadero dolor.
Asi apura en plenitud,
con la ilusion que le alhaga,
el néctar que le embriaga
hasta quedar sin virtud.
Entonces en la prision
muere, cual la mariposa,
en la cárcel horrorosa
de eterna condenacion.

JULIAN. No volveré, por mi vida,
si usted se incomoda, á hacerlo;
que debo de obedecerlo
porque me quiere y me cuida.
Mas no puedo estar tranquilo
al verlas volar tan monas.

CURA. Y por eso me abandonas
cuando sabes que vacilo!

JULIAN. Y si los dos tropezamos,
qué pude hacer en verdad?

CURA. Hijo, en tan opuesta edad,
los dos nos necesitamos.

JULIAN. Usted de mí? No lo sé,
por mas que mi afan discurre.

CURA. Con un símil que me ocurre
tambien te lo esplicaré.—
No has visto de un manantial
correr el agua perdida,
buscándose una salida
entre zarzal y zarzal?
En arroyuelos, apenas
de escasa y limpia corriente,
van rodando mansamente
sobre las blancas arenas.
Uno, y otro, y otro mas
en curso callado y breve,
la misma tierra los bebe,

sin que aparezcan jamás.
Mas uno, que mas abulta,
rodando con doble brío,
al cauce llega del río
y en sus aguas se sepulta.
No por humilde y estrecho
de admitirle el cauce huye;
porque tambien contribuye
á darle jugo á su lecho.
De muchos avaricioso
admite tales presentes,
y con pequeñas corrientes
forma un rio caudaloso.
Ahora bien; la esplicacion
es inútil esponer,
pues bien puedes comprender
la exacta comparacion.
Ténue el arroyo y enteco,
sin hallar cauce muriera;
y sin que arroyos hubiera
el cauce estuviera seco.
Como ellos, tambien hallamos
distinta debilidad;
por eso en opuesta edad
los dos nos necesitamos.
Tú la mano, y yo el consejo
nos damos, siendo, cual mil,
tú el arroyuelo infantil,
y yo el pobre cauce viejo.

JULIAN. Bueno, no lo olvidaré,
ni os dejaré mas, padrino.

CURA. A otra cosa; me imagíno
que ya habrá aprendido usté
con su aplicacion notoria,
la leccion de la doctrina.

JULIAN. Desde ayer

CURA. A ver si atina
á decirla de memoria.—
Quién se dice con verdad
que honra á sus padres?

JULIAN. *Quien*
los reverencia y tambien,
socorre con humildad.

CURA. Qué, por la accion meritoria
dá Dios al que no lo olvida?

JULIAN. Una *larga y feliz vida*
y despues la eterna gloria.

CURA. Quién á mas, segun conciencia,
por padres se han de tener?
JULIAN. *Los mayores en saber,*
en gobierno y esperiencia.
CURA. Muy bien, hijo mio, asi;
arraiga en tu corazon
tan saludable leccion,
y guárdala siempre en tí.
El que bien ama en el suelo
al que le dió el ser humano,
llama con la diestra mano
sobre las puertas del cielo.
Ellos, á mas de su pan,
van conduciendo tu pié,
por la senda de la fé
en que los justos están.
Amalos, con cuanto ardor
pueda tu incauta inocencia;
porque ese amor, es la esencia
del Santo y divino amor.—
Ahora vé, que el tiempo pasa,
y elpaseo está acabado.
JULIAN. Y la estampa, la he ganado?
CURA. La tendrás cuando entre en casa.
(vase Julian.)

ESCENA V.

El CURA *solo.*

Corre en pos de los placeres
tan breves como los años,
que ellos te habrán de traer
amarguras y cuidados.
Y dichoso si aun en medio
de los terrestres trabajos,
al término de la vida
llegas, sin haber probado
del feroz remordimiento
el aguijon inhumano.
Dichoso si bajo el techo
donde tus padres moraron,
vives y mueres, teniendo
tus afecciones al lado.
Yo, viejo, que de la fosa
me encuentro ya tan cercano,
no he merecido del cielo
consuelo tan dulce y grato.—

Roque! Roque! pobre niño
que ha crecido entre mis brazos,
y que yo esperé que fuera
de mi ancianidad el báculo!
No mas te verán mis ojos!
No mas tocaré tu mano!
Cuando vuelvas, si es que vuelves,
tan solo un sepulcro helado,
mi memoria y mis cenizas
hallarás ante tu paso!
(*queda abatido y acongojado en el banquito.*)

ESCENA VI.

El Padre Juan *y* María.

María. Qué hace usted aquí, Señor?
Por qué en casa no se ha entrado?
Han dado las ocho y media.
Cura. Estaba aquí descansando.
No te ha dicho Julian
que el paseo ha sido largo?
María. Y aún está usted en ayunas!
Cura. Ya sabes que soy muy parco,
y que no tengo costumbre
de tomar nada temprano.
María. Si señor; mas con sus males
está usted muy delicado,
y ya á su edad, es preciso...
Mas qué veo? Está usted malo?
Qué tiene usted? Ya comprendo!
Usted, señor, ha llorado.
Cura. No lo creas, hija mia.
María. Pues qué, no lo estoy mirando?
Cura. Qué quieres! Aquí á mis solas
tiempos atrás recordando,
pensaba en el pobre Roque,
y su memoria...
María. Pues, claro!
Y á qué viene esa afliccion?
No está tan bueno y tan sano?
No le escribe á usté á menudo?
No sabe usted que imitando
su religiosa piedad
sus estudios ha acabado,
decidido á cantar misa
su vida á Dios consagrando?
Cura. Es verdad; pero la mia

vá descendiendo á su ocaso
y puede llegar tan tarde
que haya su disco apagado.

MARÍA. No sea usted caviloso;
deseche temor tan vano,
que aun le quedan todavía
de existencia muchos años;
no quiera usted afligirnos;
si el cielo le ha conservado,
por fortuna, tanto tiempo
exento y libre de daño,
ha de enviársele Dios
cuando se termina el plazo?
Conque vamos, entre usted,
que está el almuerzo aguardando,
y no hablemos mas en esto.

CURA. Tienes razon; no insistamos:
haga Dios su voluntad,
que yo sumiso la acato.

(Al entrar los dos en la casa, sale Antonio sigilosamente y llamando la atencion de María, que se ha quedado la última, la detiene en la escena. El padre Juan desaparece, sin notar este juego.)

ESCENA VII.

MARÍA *y* ANTONIO.

ANTO. Un momento.

MARÍA. Quién? Jesus!
Qué busca usted en mi casa?
Aun no está usted satisfecho
de la conducta malvada
que está observando hace un año,
y que puede ser la causa
de traer á una familia
el dolor y la desgracia?
Qué espera usted conseguir?
Nací con honra sobrada;
tengo un hijo á quien adoro,
y un esposo que me ama;
en ellos cifrada tengo
mi obligacion y mi alma,
y á mis sagrados deberes
nunca volveré la espalda.

ANTO. Por última vez me llego
á pedirte una esperanza;
por última vez á hablarte

con halagüeñas palabras,
porque tambien mi paciencia
de tanto esperar, se harta.
Hace un año que te sigo;
un año que con instancias
procuro ablandar tu pecho,
y tu pecho no se ablanda.
Altiva es mi condicion;
no admite mi génio trabas,
y no he de ser por mas tiempo
esclavo de quien me mata.
Desde hoy cambio de conducta;
no mas reserva insensata;
no mas necios miramientos
ni mas flores ni mas cartas.
La fuerza dará á mi amor
en esta lucha la palma,
logrando, al par del triunfo,
la mas cumplida venganza.
Haré alarde de mi dicha;
de una en otra voz vaga,
tu marido ha de entender
lo que prudente le callas.
Y el desamor, el desden,
el insulto, la amenaza,
la separacion despues,
y por último, la infamia,
será el resultado cierto
del desden con que me tratas.

MARÍA. Es decir que nada alcanzo,
y que mi perdida calma,
y mis temores contínuos,
y mis angustias amargas,
ni le mueven ni le imponen,
ni le convencen ni atajan?
Es decir que á su albedrío,
rompe, envenena y desata
los vínculos que eslabonan
la paz que mi hogar se halla?
Pues yo tambien á mi vez,
al riesgo dando la cara,
díque pondré á su soberbia
y á sus exigencias balla.
No más Diego ha de ignorar
lo que tal vez ofuscada
callé sin deber hacerlo
y que tanto su honor mancha;

él mirará por aquellos
á quien escuda y ampara,
y Dios estará á su lado,
protector de justas causas.

ANTO. Pobre mujer, que confía
en ilusiones tan vagas!
Cuando el harpon de los celos
en el corazon se clava;
cuando la opinion del pueblo
con ridículo señala
al hombre mas confiado,
ni le enternecen las lágrimas,
ni le convencen razones,
ni las súplicas le ablandan.

MARÍA. Pues bien, aun tengo un recurso;
ese anciano que en mi infancia
me prodigó sus consejos;
que me conoce, que alcanza
á leer mi corazon,
y á quien ni aturden ni engañan
calumnias de lenguas viles,
ni cobardes asechanzas...

ANTO. Ese anciano ya chochea,
y su elocuencia gastada
ni fascina ni conmueve
á quien los celos agravian.
(*aparece el padre Juan en la puerta.*)
Mia has de ser, te repito,
aunque el vencer me costára
con tu perdicion, la mia;
aunque en ella envueltos caigan
ese marido que quieres
y ese hijo que idolatras.
Aun cuando debiera ahogar
el acento en la garganta
de ese viejo, que no es mas
de incautos niños fantasma. (*el padre Juan ha avanzado, colocándose entre María y Antonio; á su primera palabra retira á María con la accion, que se vá foro izquierda.*)

ESCENA VIII.

ANTONIO *y el* PADRE JUAN.

CURA. Impío! Que á profanar
te atreves, en mala hora,
el arbergue en donde mora

cuanto santo hay que acatar!
Que en esta frente tu mano
poner juras, siendo azote
del hungido sacerdote
y del venerable anciano!
Que anhelas tan sin juicio
con nefanda ceguedad,
vulnerar la honestidad
bajo el aliento del vicio!
Que de un padre y un esposo
robar quieres la quietud;
de quien huye la virtud
como el sano del leproso!
A dónde camina en pós
tu pecadora ignorancia,
que con procaz arrogancia
insulta al mundo y á Dios?
Qué ley contra Dios en guerra,
en pago de tal accion,
podrá ofrecerte perdon
ni en el cielo, ni en la tierra?
De tus faltas, infeliz,
pídele al prójimo olvido,
y ante Dios arrepentido,
dobla la erguida cerviz!
Que solo así tu conciencia
la accion detendrá, si abjura,
del rayo que ya fulgura
la divina omnipotencia!

Anto. No sé si mi falta es tal
ni si tanto me escedí;
lo que sé es, que siento aquí
como un vértigo infernal.
Lo que sé es, que mi razon
consigo en perpétua lucha,
otros acentos no escucha
que la voz de mi pasion.
Lo que sé es, que no hallo modo
de cejar en la partida,
y que aunque pierda la vida
juego el todo por el todo.
Mas si recursos la fé
tiene para ahogar el vicio,
apárteme el precipicio
donde resbala mi pié!

Cura. Y qué recurso mayor
á tan impura batalla,

que la fuerza que en sí halla
el hombre con su valor?
No hay, para que el mal prevenga,
una mente que se agita,
una conciencia que grita
y una razon que le tenga?
Ó acaso al ver el abismo
de sus pasiones, con pena,
ha de uncirse á su cadena
siendo esclavo de sí mismo?
Luche, y luche con teson
y alcanzará mayor glöria,
sujetando en su victoria
la pasion á la razon.

ANTO. No hay fuerza en mí para tanto.

CURA. Persiste con acritud.

ANTO. No, para tanta virtud
se necesita ser santo.

CURA. La oracion presta consuelo
y al par engrandece ėl alma.

ANTO. Si el alma no tiene calma,
cómo ha de elevarse al cielo?

CURA. Los ojos á su escabel,
alza, y del mundo te olvida;
que no es la vida, la vida
que aquí arrastramos en él.
Remordimientos eternos
sus dichas nos suelen dar,
y bien se pueden trocar
sus goces por los eternos.

ANTO. Es decir, que imponga un yugo
á mi anhelada pasion,
siendo de mi corazon
á un tiempo juez y verdugo?

CURA. Cada cual lleva una cruz
en tan áspero camino;
esa te dió tu destino;
no te ciegues á la luz.

ANTO. Pues si es mi cruz combatir
sin descanso hasta que muera,
yo me la haré mas ligera;
no me quiero reprimir.

CURA. Mira que dos males labras,
y ambos te pueden perder.

ANTO. Sea lo que haya de ser,
y ahorrémonos de palabras.

CURA. Teme de mostrarte indigno

del hombre y del Dios supremo.
ANTO. De los hombres nada temo;
en cuanto á Dios, me resigno.
Y punto demos aquí,
guardando usted, pues me ofusco,
el consejo que no busco
y que jamás le pedí.
Luche á su vez cada cual
que allá veremos tambien,
si vence el génio del bien, (*por el Cura.*)
ó el espíritu del mal! (*por sí mismo. Vase.*)

ESCENA IX.

El CURA *solo.*

Dios mio! pues es tu amor
más grande que el yerro humano,
dígnate volver tus ojos
y cubrirle con tu manto.
Un destello de tu gracia
descienda desde tan alto,
sobre el corazon del hombre
que se aparta de tu lado.
Hazle ver que vá perdido
y entre tinieblas luchando;
hazle que conozca al fin
su delito y su pecado,
y vuélvele cariñoso
á tu divino regazo! (*queda sentado en el banco de piedra junto á la casa.*)

ESCENA X.

El CURA, MARIA *y* DIEGO *que salen por la izquierda.*

DIEGO. Razon me darás mejor
que con derecho reclamo, (*continuando una conversacion suspendida.*)
ó á él mismo le pediré
satisfaccion del agravio.
No decias que aquí estaba?
MARIA. Aquí le dejé hace un rato.
DIEGO. El Padre Juan! (*viéndole.*)
MARIA. (*corriendo á él.*) Ah señor!
Dios sin duda aquí le trajo,
para que veráz testigo
de todo cuanto ha pasado,
cuente á Diego mi conducta

y desbarate sus cargos.
Ruin sospecha le aqueja,
que altiva á mi vez rechazo,
porque está mi corazon
libre de torpes cuidados.

CURA. Diego! Dudas de tu esposa?

DIEGO. Padre Juan, no es desacato
contestarle con franqueza;
que en el caso en que me hallo
pienso mal con fundamento.

CURA. Dónde está, que no le alcanzo?

DIEGO. En su misma confesion...

MARIA. Que yo fuí á hacerte, esperando
hallar en tí otra acogida.

DIEGO Recurso es que en estos casos
cualquiera mujer emplea,
cuando teme que en su daño
pueda volverse el rigor
del marido que ha ultrajado.

CURA. Deten, Diego, tus temores;
y no profane tu labio
la honestidad de tu esposa,
tan pura como el sol claro.
Cómo ha de ser responsable
de delito tan nefando,
la pobre mujer que busca
en su marido su amparo,
cubierta el alma de luto,
vertiendo los ojos llanto?
No te ofusques, hijo mio,
ni de razones escaso
te dejes arrebatar;
que en un corazon que es casto
no puede caber tal mancha.
Ella, de madres dechado,
la fé, el honor, la virtud
puede atropellar acaso,
echando sobre su hijo,
sobre su marido honrado,
sobre su tranquilo hogar,
sobre este caduco anciano,
la vergüenza y el desprecio,
consecuencias de su paso?

DIEGO. Y hay algun hombre, señor,
de corazon tan malvado,
que goce en el mal, tan solo
por gusto de causar daño?

Es larga la fecha ya
de tan inícuo conato,
y no es un mero capricho
la persecucion de un año.
Comprendo que una mujer
que evitar quiere el escándalo,
le reserve á su marido
un pasajero quebranto;
pero callar tantos dias,
arguye bastante claro,
que no rechaza la falta,
y que al criminal alhago,
abandona seducida
los deberes de su estado.

MARIA. Es decir no hay una voz
que hable para tí tan alto,
que te haga ver que baldonas
mi prudencia y mi recato?
Es decir que el que pretende
desunirnos y alejarnos,
torpemente alcanzará
su objeto llevar á cabo,
y manchar mi puro honor
viles calumnias sembrando?
Es decir que de hoy mis lágrimas
correrán, sin que una mano
cariñosa, me prodigue
de mis dolores el bálsamo?

CURA. No hija mia; aun vivo yo;
y si adverso te es el hado,
si son los hombres injusto
si todos te son contrarios
apoyo, abrigo y consuelo
encontrarás en mis brazos,
Pero Diego, hija querida,
reflexionará sensato,
convenciéndose por fin
de que el error le ha cegado,
y arrepentido y humilde
vendrá tu olvido impetrando,

DIEGO. Hay un medio, y es muy fácil;
yo buscaré á mi adversario;
y aquí en presencia de usted,
le obligaré, mal su grado,
á que confiese su falta;
á que en público á mi agravio
ofrezca reparacion;

pues si el lugar ha notado
su conducta, y va mi nombre
de lengua en lengua rodando,
no de otro modo podré
mi frente mostrar en alto.

MARIA. Te mo por tu vida, Diego,
si aventuras ese paso.

CURA. Pues bien, entrambos á dos
descansad en mi cuidado.
Yo le haré venir, y espero
calmar vuestro sobresalto,
haciéndole abandonar
proyectos tan temerarios.

DIEGO. No quiero que diga usted
que no le obedezco; aguardo,
sin deponer mis temores,
de su esfuerzo el resultado:
mas si orgulloso se niega,
si persiste temerario,
obraré como me exigen
las circunstancias del caso.

MARÍA. Dios ilumine tu mente
y calme mi duelo amargo.

CURA. Si lo hará, pues vela siempre
por los que son desgraciados.
Pero entre tanto, hijos mios,
busquemos sin mas retraso
al hijo de vuestro amor;
pues no hay dolor por amargo,
que no calme una caricia,
que no mitigue un abrazo,
que aplacar no logre un beso
de sus inocentes lábios.
Dios sonrie en su sonrisa,
Dios pone en su aliento santo
un recuerdo de la dicha
que disfrutan á su lado
los ángeles, que en el cielo
están su gloria cantando.
Vaya, venid sin tardanza.
Yo os llevaré.

MARÍA. Vamos!

DIEGO. Vamos. (*vanse.*)

(La escena queda sola por unos momentos; despues de los cuales se vé aparecer á Roque por lo alto de la montaña, que cruza despues el puente hasta llegar á la escena; desde su presentacion debe notarse el sentimiento de su

alma; se fija en cada objeto; á unos abraza, á otros besa, ante otros se arrodilla enjugando sus lágrimas; al llegar al centro de la escena es cuando empieza á hablar descubriéndose. No viste traje militar; todo de negro y con alzacuello.

ESCENA XI.

ROQUE.

Salud, mansion de mi ayer,
dó ví mi primera aurora!
Salud, tierra bienhechora,
donde ser tuvo mi ser!
Salud, patria, cuyos dones
son anales, aunque mudos,
que escritos guardan los rudos
combates de mis pasiones!
Salud, bendita pobreza
de tan rústico lenguaje;
yo te rindo mi homenaje
descubierta la cabeza.
Salud tambien, no olvidados
viejos troncos seculares,
os dá al volver á sus lares
el mísero desterrado!
Flores cual siempre lozanas,
de mil venturas testigo,
yo os saludo, y os bendigo
como á queridas hermanas.
Humilde techo en que el fruto
probé del bien algun dia!
Recibid de mi alegría
las lágrimas en tributo!
Modesto altar, donde el niño
con alma y con fé sencilla,
doblegaba la rodilla
con venerando cariño!
Primer lecho de dolor
para el triste abandonado,
donde escuché al inspirado
sacerdote del Señor!
Hoy el alma peregrina
cruza el árido desierto,
de la paz buscando el puerto
como errante golondrina.
Que el mundo allá en lontananza
dejando, busca su duelo

en tus áras el consuelo
que le queda á su esperanza.
Y tú, mi Dios, que hasta aquí
tu egida le has dispensado (*de rodillas.*)
al infelice soldado!
Fija tus ojus en mí.
No le dejes de tu mano,
y haz, pues al término toca,
que pueda posar su boca
en la frente del anciano!
Que su postrer bendicion
reciba, y con fé leal
su consejo paternal
le afirme en su vocacion.
Para que al dejar la luz
con su virtud por sudario
pueda empezar mi calvario,
llevando tu santa cruz!
(*se levanta y vá á sentarse en las gradas de la capilla, como rendido por sus emociones. Pausa.*)

ESCENA XII.

ROQUE *y* JULIAN *que sale de la casa y que no le vé, hasta el momento que los versos lo indican.*

JULIAN. Aquí á mis solas prefiero
estudiar; mejor se está,
y así sorprendo á papá.—
Pero... calle! un forastero!
ROQUE. (Un niño! No sé por qué
mi corazon ha latido!)
JULIAN. Sea usted muy bien venido;
á quién busca su mercé?
ROQUE. Quisiera... (Que agitacion!)
Tu no puedes comprender...
JULIAN. Si no lo acierto á entender
ayude á mi comprension,
que ya hallaremos mil modos...
ROQUE. Llegué aquí con planta incierta...
JULIAN. Bien hecho; siempre esa puerta
está abierta para todos.
Que no lo sois imagino;
pero aquí, con gran contento,
encuentra pan el hambriento,
y posada el peregrino.
ROQUE. Y paz y ventura y calma

á terrenos sinsabores.
JULIAN. Tambien se curan dolores
y enfermedades del alma.—
Pero olvidamos, señor,
lo que íbais á preguntar.
ROQUE. Oh! Sí, sí; no mas dudar.—
Venzamos á mi temor.—
Dime, niño, y no el quebranto
aumentes que me rodea;
el ministro de esta aldea,
el hombre benigno y santo
que el bien á todos hacia,
vive... Vive?...
JULIAN. Sí, por Dios;
aunque ya camina en pos
de su postrimero dia.
ROQUE. Gracias, Señor, pues que llego
en momento tan propicio.
Y del mismo beneficio
es participe un tal Diego?
JULIAN. Dios le quiera conservar
sin quitarle ni una letra;
y tambien Ambrosio y Petra;
y Anastasio y D. Gaspar:
pero señor... no colijo...
ROQUE. Oh! Termina mi agonía!
acaba...dime...María...
JULIAN. María? Yo soy su hijo.
ROQUE. Su hijo! (*con emocion.*)
JULIAN. Mas qué teneis?
ROQUE. Su hijo! (*como evocando recuerdos pasados.*)
JULIAN. Pues no me escucha!
ROQUE. (Señor! Calmad esta lucha!
Señor, no me abandoneis!)
JULIAN. Con preguntas como esas
me habeis puesto en gran cuidado.
ROQUE. (Incendio mal apagado,
no salgas de tus pavesas.)
JULIAN. Pues ahora me toca á mí;
habeis en la aldea vivido?
ROQUE. Aquí, inocente, he nacido,
y vengo á morir aquí.
JULIAN. Y dejásteis solo estraños?
ROQUE. Aquí cuanto á mí quedó.
JULIAN. Tanto la ausencia duró?
ROQUE. Son cumplidos nueve años.
JULIAN. Oh que luz! Sí, ya preveo...

ROQUE. Qué?
JULIAN. No es mi memoria tarda.
Será usted el que se aguarda?
ROQUE. Qué aguardan?
JULIAN. Con gran deseo;
y no el saberlo le asombre;
pero por él cada dia,
rezamos con alegría
y bendecimos su nombre.
ROQUE. Y él tambien para vosotros
pidió á Dios su afecto santo.
JULIAN. Dios le cubra con su manto
hasta hallarse entre nosotros.
ROQUE. Dios mio! déjate invoque
sí á tí mi plegaria llega.
JULIAN. Sabeis cuando Roque llega?
ROQUE. Angel mio! Yo soy Roque!
JULIAN. Roque?—Padrino! padrino! (*corriendo desalentado y gritando en la puerta de la casa.*)
Mamá! Papá! Si estoy tonto!
Vamos, venid! Pronto... pronto,
Ya vino Roque! Ya vino!
(*saltando con alegría: á sus voces y precipitadamente acuden los siguientes.*)

ESCENA XIII.

JULIAN, ROQUE, MARIA, DIEGO, *el padre* JUAN, ANASTASIO *y* PETRA, *por la izquierda con un ramo de flores.*

MARÍA. Cómo? Qué dices? (*corriendo á Roque.*)
JULIAN. Allí. (*designándole.*)
DIEGO. Mi buen amigo!
JULIAN. Qué calma! (*por el padre Juan que sale el último.*)
CURA. Hijo mio! Hijo del alma!
ROQUE. Padre mio! (*abrazados fuertemente.*)
CURA. Aquí... aquí!
ROQUE. Todos... todos! que es ya tanta
mi alegría, que dá enojos;
y al par que brota á los ojos
enmudece mi garganta!
MARÍA. Hoy junta fraternos lazos...
DIEGO. Que nunca entibió el desvío.
CURA. Ya puedo morir, Dios mio,
pues moriré entre sus brazos.
(*telon muy rápido.*)

ACTO II.

LADRON DE HONOR.

El teatro representa la habitacion que dá entrada á la alcoba de María, contigua á la del Padre Juan; esta sala intermedia entre ambas habitaciones, tiene una ventana practicable al foro. La entrada general en segundo tèrmino de la izquierda; en el primero la alcoba de María; en la derecha una puerta que es la alcoba del Cura.—Son las nueve de la noche: la escena está alumbrada por un belon de bronce antiguo; los muebles son sencillos, pero todo con estraordinaria limpieza.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen PETRA *sentada y con aire pensativo, y* ANASTASIO *de pie.*

ANAS. Pero mujer, qué te pasa?
PETRA. Jesus, y cuánta porfía!
ANAS. Es que siento verte así.
PETRA. Pues te ruego que no insistas.
ANAS. Es decir que no sabré
el pesar que te lastima,
la razon porque te apuras
ni el dolor que te contrista?
PETRA. Y qué te puede importar?...
ANAS. Pues me gusta la salida!
Yo soy quien soy, y no quiero
pasar por un estantigua;
ocho dias van pasados
que Roque esta casa habita,
y ocho tambien que entró en todos
aunque, por causas distintas,
epidemia de callar;
pues qué sucede ¡canija!
para tanta desazon,
para tal melancolía?
D. Gaspar hecho una furia;
siempre llorando María;
Roque, en pérpetuo misterio;
Diego se calla ó suspira,
el Padre Juan, por desgracia
avanzando de su vida
hácia la hora postrera;
pues ha sido maravilla

que haya podido escapar
del ataque de estos dias;
y por fin, hasta á tí, Petra,
tambien te picó la vívora;
si te hablo, no me respondes,
y si te busco, me esquivas;
nadie hace caso de mí,
ni nadie de mí se cuida;
de modo que de coraje
me voy á romper la crisma.

PETRA. Pues de esas mismas razones,
ya que quieres que lo diga,
nace el disgusto que ves
y que tanto te fatiga.
Estraño tú á cuanto pasa
no sabes que aquí se agitan
cuestiones de consecuencias,
que pueden ser aflictivas.
Además, el pobre anciano,
como hace poco decias,
sucumbe, más que á la edad,
á sensaciones tan vivas;
lo mismo mata el dolor
que en esceso la alegría,
y la llegada de Roque
de vida un año le quita.
¿Cómo quieres que yo vea,
permaneciendo tranquila,
el estado del que fué
de todos amparo y guia?
¿Cómo la justa tristeza
de la pobre de María,
ni los disgustos de aquellos
que son mi sola familia?

ANAS. Caramba! No sé qué tienes,
que con esa persuasiva
y esa lábia, en dos por tres
haces que enmudezca, chica.
Pero de cualquiera modo,
por qué á mí no me confias
esas cosas de que hablas?

PETRA. Y á tí, qué te importan?

ANAS. Hija!
Cuando el cura nos casó,
bien te leyó la cartilla;
y nos dijo que al casarse,
entre los dos concluian

toda clase de secretos;
que una en otra se fundian
nuestras almas, porque estabas
formada de mis costillas.
Y si yo en mis huesos mando,
no te estrañes de que exija,
formando tú parte de ellos,
que cuenta exacta me rindas.

PETRA. Vaya! Pues es escusada
tan molesta letanía;
nada tengo que contarte,
porque...claro, no me inspiras
confianza para el caso.
Tienes la lengua muy lista,
y con lo tuyo, lo ageno
por todas partes publicas.

ANAS. No lo puedo remediar;
mas no lo hago por malicia.
Quién no tiene en este mundo
sus flaquezas? Cosa es fija.

PETRA. Pues por eso no te incumbe
sino callar, que en justicia,
obrando de esta manera,
no encontrarás quien te riña,
y obrarás como obrar debe
quien de honrado preconiza.

ANAS. Pues bueno; no insisto más;
no dirás que no se fia
tu marido en tu silencio;
mas si con esa monita
pretendes engatusarme,
no valdrán gazmoñerías
que te amparen, si descubro
alguna intencion maligna.

PETRA. Ten cuenta con lo que hablas,
y vé que aquí se aproxima
el pobre anciano con Roque.

ANAS. Te dejo; mas no te olvides
que mis celos te vigilan;
que aunque soy ganso, no quiero
aumentar la cofradía,
y que el buen Roque no es roca,
para una rosca tan rica.

ESCENA II.

PETRA *el P.* JUAN *sostenido por* ROQUE.

ROQUE. Vamos despacio, señor,

y apóyese usted en mí.

CURA. Ola. Petra! Estás aquí?
Quiero pedirte un favor.

PETRA. Usted me puede mandar
y crea que desde luego...

CURA. Que digas que venga á Diego
y tambien á D. Gaspar.

PETRA. Voy á hacerlo sin retardo;
quiere usted mas?

CURA. No á fé mia;
gracias, gracias, hija mia;
y añade que les aguardo. (*Vase Petra segunda puerta izquierda.*)

ESCENA III.

El Cura y ROQUE.

ROQUE. Mas por qué esa obstinacion
estando usted como está?

CURA. Porque el tiempo que se vá
no tiene compensacion.
La planta de la discordia
aquí empieza á retoñar;
quiero su raiz cortar
y establecer la concordia.

ROQUE. Y en esa lucha, atropella
de su vida los instantes.

CURA. Yo debo á mis semejantes
hasta el último de ella.
Así inclinaré mi faz,
en mi Dios los ojos fijos,
dejando á todos mis hijos
en un reinado de paz.

ROQUE. Por qué esa idea tan triste
si ese caso aun no es llegado?

CURA. Nace á morir destinado
cuanto en este mundo existe.
Y si hemos al fin de hallarla
para que más dulce sea,
viva la muerte en la idea
debemos de conservarla.
Así con risa verás
la acojen siempre los buenos;
que siempre la teme menos
el que la recuerda más...

ROQUE. No en lamentable horfandad
nos dejará el Juez divino;

que más estenso camino
le resta á su ancianidad.
A veces gran duracion
alcanza la añosa encina.

CURA. Roque, la mia termina
y principia tu mision.
Forzoso es que en plenitud
tu corazon lo comprenda;
el cielo te dé en su senda
resignacion y virtud.
Mas antes que, vil mortal,
por la virtud del ungido,
desde el polvo en que has nacido
hasta el padre celestial
levantes con santo celo
el cáliz de salvacion,
vé la inmensa obligacion
que vás á ofrecer al cielo.
Reflexiona con gran calma,
que si faltas, no has de hallar
ni á tu cuerpo bien estar,
ni salvacion á tu alma.
Labe tu conciencia en pós
cualquier mancha que en sí note;
mira que el mal sacerdote
ofende al mundo, y á Dios.
Sé cariñoso, prudente,
presta apoyo al desvalido;
dá consuelo al afligido;
bendicion al penitente.
No hipócrita, cálculo odioso
en tu ministerio veas;
fanático nunca seas,
que esto no es ser religioso.
Procura cortar los males
que el alma pueda sufrir,
sin querer intervenir
en asuntos terrenales.
La caridad en tí obre
y con esto ya concluyo;
no has de tener nada tuyo;
primero que tú, cs el pobre.
Ministro de una doctrina
de humildad y de pobreza,
que predicó en su grandeza
Jesus, allá en Palestina.
Vista tu cuerpo el sayal;

que no está bien á tu estado,
el torpe lujo, guardado
al orgullo mundanal.
La pobreza dá esplendor
en bienes siempre fecundo,
y con ella asombró al mundo
un humilde pescador.
Así, con constante afan,
al término de esta via
podrás llegar algun dia
donde los justos estan.

Roque. La humilde casa, señor,
donde corrió mi niñez,
contemplará mi vejez
y mi postrer estertor.
El mismo altar, donde pura
se alzó mi oracion primera,
escuchará la postrera
de mi vida de amargura.
El mismo espacio pequeño
de su tumba ocuparé;
la misma tierra que á usté
cubrirá mi último sueño.
Qué puede importarme á mí
del mundo la prez soñada,
si he de volver á la nada,
pues de la nada nací?
Qué la ambicion, en conciencia,
á que el orgullo dá norma,
si no es más que débil forma
y solo Dios es la esencia?
Yo he visto del mar hundoso
levantar la ola gigante,
y abatir en un instante
la altivez del poderoso.
He visto á la tempestad
llevando la muerte en hombros,
dejar reducida á escombros
la mas altiva ciudad.
He visto entre la metralla,
al gefe de cien legiones,
sucumbir con sus blasones
en el campo de batalla.
Y el plomo ardiendo diezmar
ejército numeroso,
no quedando del coloso
ni aun memoria que guardar.

Pues bien, en medio el horror
del Océano enfurecido
en medio del estampido
del rayo devastador;
en medio la voz bravía
del combate que arreciaba,
solo á Dios se adivinaba;
tan solo á Dios se via.
Y allí comparé, Señor,
del humano ser la escoria,
con su poder y su gloria;
con su grandeza y su amor.
Allí mi llanto vertí;
mi vocacion afirmé,
y el tributo de mi fé
en holocausto ofrecí.
Podré vacilar quizás
en mi religioso empeño,
contemplando tan pequeño
mi ser, como los demás?
Podré de la senda en pós
caminar del torpe dolo,
si hay una verdad tan solo,
y esa verdad está en Dios?

CURA. Hijo! Sobre el seno ven!
Cuán grato me es escucharte,
á mí, que supe llevarte
por el sendero del bien!
Ya no dudo que se encierra
en tu corazon el celo
para conquistar el cielo
con tu virtud en la tierra!
Tú de mi ignorada historia
serás anal que me abone;
que mi pasado corone;
que eternice mi memoria.
Tú los últimos abrojos
á pisar me ayudarás;
tú al mundo me cerrarás
por última vez los ojos.

ROQUE. Quién sabe aún lo que aquí
ha dispuesto el Criador;
pero entre tanto, Señor,
no se aflija usted así.
No acrezca usted con empeño
el mal que roba su calma;
déle usté quietud al alma,

con el descanso y el sueño.
CURA. No; que aunque enfermo y rendido,
me inquieta, por vida mia,
la situacion de María
y tambien de su marido.
Deseo que tanto afan
quede terminado luego:
por eso á Gaspar y á Diego
hice llamar.
ROQUE. Aquí están.

ESCENA IV.

Dichos, D. GASPAR *y* DIEGO.

GASPAR. Buenas noches.
CURA. Guárdeos Dios,
DIEGO. Han dicho que usted queria
vernos...
CURA.. Es verdad; tenia
que hablar con ustedes dos.
DIEGO. Le escuchamos.
GASPAR. Ya decir
nos puede usted cuanto quiera.
CURA. Roque, en mi cuarto me espera;
poco tiempo tardo en ir.
No calculaís para qué
á entrambos hice llamar?
DIEGO. No lo puedo adivinar.
CURA. Ni tú?
GASPAR. Tampoco lo sé.
CURA. Encorvado tristemente
(*despues de una pequeña pausa.*)
de la edad por el rigor,
á la muerte, sin temor,
miro llegar lentamente.
Mas si bien con faz serena
ante mí su imágen pasa,
el estado de esta casa
de amargura mi alma llena.
No ya feliz como un dia
la paz en su techo mora,
que en él se cobija ahora
el pesar y la agonía.
Una víctima se inmola
con injusticia fatal,
y aun cuando no criminal,
gime abandonada y sola;

que no una sospecha es,
sin prueba de conviccion,
razon que dé la razon,
en causa tan de interés.
Y no es que el propio me ofusca;
si á decir, Diego, me lleva,
que quien de amor ansía prueba,
si bien quiere, bien la busca.
No mas así ha de durar
este estado tan penoso,
pues que quede es ya forzoso
la virtud en su lugar.

DIEGO. Paréceme sin embargo...

GASPAR. Yo contestaré por tí,
para protestar aquí
en contra del nuevo cargo.
Y eso que estraño he querido
aparecer en el lance,
aun cuando estaba á mi alcance
todo cuanto ha sucedido.
No aseguraré si vá
María de Antonio en pós,
porque solo sabe Dios
si está indemne, ó no lo está.
Pero que torpe y sin guia
es en la contienda ruda
cómplice, no tiene duda,
y cualquiera lo diria.
Ese silencio obstinado
roto al fin de un modo tal,
á pensar inclina mal
al hombre más confiado.
Mancha el aliento, á mi ver,
del vidrio la débil plancha,
y la duda es una mancha
que enturbia el de la mujer.
Y á quién, porque mas resalte,
toca probar su limpieza?
Al cristal por su pureza,
ó al que le vé sin esmalte?

CURA. A probarla siempre aspira
con afan y con empeño,
el que es del cristal el dueño
y en su pureza se mira.
Además, no es noble accion
querer que pida contrito,
sin cometer el delito,

el inocente perdon.

GASPAR. Padre Juan, no divaguemos,
porque es inútil hablar,
que en este particular
jamás nos entenderemos.
Aquí transaccion no cabe
ni la debo proponer;
sé lo que tengo que hacer,
y tambien mi hijo lo sabe.

CURA. Si, ya sé que tu imprudencia
á tu mal consejo igual,
intenta agravar el mal
con esa impensada ausencia.
Ausencia que en daño es
de María, y que reclama...

GASPAR. A Salamanca nos llama
un asunto de interés.

CURA. Pero confio en que al menos
uno quedará á su lado.

GASPAR. Pobre honor es el guardado
con los auxilios agenos!

CURA. Mi acento, Gaspar, escucha;
quién á la maldad contiene?

GASPAR. La que en algo á sí se tiene
siempre vence, cuando lucha.

CURA. Mira que mi corazon
no sé qué pesar augura.

GASPAR. Complacerle, Señor Cura,
no puedo en esta ocasion.

CURA. Y tú, Diego, tambien fijo
en esa idea menguada
estás, de creer culpada
á la madre de tu hijo?
Tambien tú, quieres dejar,
no obstante que el mal te alcanza,
espuesto á indigna asechanza
este pacífico hogar?

DIEGO. Padre Juan! En vano lucho
entre uno y otro dolor,
porque si escucho á mi amor,
á mi honor tambien escucho.
Por eso en tal agonía
solo me tiene sujeto,
que á usted, señor, le respeto,
y quiero mucho á María.
Pruebas me ofreció usté dar;
no lo hizo; el tiempo avanza,

y aun no cedo á la esperanza
de poderlas encontrar.
Mas lejos de estos lugares
su consuelo aguardaré ;
pues al menos , no veré
la causa de mis pesares.
CURA. No mi voz se alzará mas
de tu error para advertirte;
quiera Dios que á arrepentirte
no llegues, tarde, quizás.
Si mi estado , mi esperiencia,
mi cansada senectud ,
su recato y su virtud
no bastan á tu conciencia....
si sordo está yá tu oido
de la esposa al triste ruego ,
sigue los impulsos , Diego ,
de tu corazon dormido.
El árbol viejo , no asombra
por el verdor que derrama ;
pero aunque pobre su rama ,
tambien produce una sombra.
De su triunfo irá en pós
María con mi consejo;
porque al débil árbol viejo ,
le dará su sombra Dios. (*vase pta. derecha.*)

ESCENA V.

D. GASPAR *y* DIEGO.

GASPAR. Y bien, qué piensas hacer?
DIEGO Señor! Mis dudas combato ,
y no puedo resolverme
á ser con ella inhumano.
Qué prueba, ni que razon
hasta hora hemos hallado ,
para aventurar de golpe
tan escandaloso paso ?
GASPAR. Tu cariño es muy cobarde;
qué más prueba, desgraciado,
quieres, que el mismo silencio
que todos estan guardando ?
O es que porque á todas horas
la miras bañada en llanto ,
calculas que son sus lágrimas
fruto de inocencia acaso?
Tambien se suelen verter

de arrepentimiento tárdo;
de vergüenza, ante una culpa;
de humillacion y de espanto.

DIEGO. No, padre, que el criminal
el remordimiento amargo
corre á esconder, donde no
el mundo pueda mirarlo.
Lágrimas que ruedan tristes
sin llevar el rostro bajo,
á la clara luz del sol
y de un hijo en el regazo,
son las lágrimas del mártir
que se inmola resignado.

GASPAR. Mal en consultarme hiciste;
pues aunque padre y anciano,
miro que fué mi consejo
inútil para este caso.
No me sorprende; eres hijo;
ingratos todos, ingratos!
No tengas en cuenta el mio,
y sigue el de los estraños.

DIEGO. No es, padre, solo el consejo
el que hace huella en el ánimo;
que tambien la hace, señor,
la santidad de los labios.

GASPAR. Es decir que el padre Juan
con su elocuencia, ha logrado
arrancar en un momento
de tu corazon el dardo?

DIEGO. El Padre Juan á mi pena
presta cariñoso bálsamo,
alentando mi esperanza;
y cómo no hé de escucharlo,
si en más venturosos dias,
con su virtud y sus años,
me condujo por la senda
de bienes nunca gozados?
No nota usté en sus palabras,
en fé ricas, el encanto
de esa conviccion que brota
desde el oculto sagrario
de un alma, que Dios inspira
con su aliento soberano?

GASPAR. Y esperas en él, que un dia...

DIEGO. Siempre se vive esperando;
que para calmar dolores
la esperanza nos han dado.

GASPAR. Espera pues, y á otra cosa,
que el tiempo se vá; entre tanto,
te propones suspender
el viaje?
DIEGO. Sin retraso
voy á ponerme en camino;
no puedo mas demorarlo.
GASPAR. Pues alistar lo preciso
DIEGO. Todo está ya preparado.
GASPAR. Vamos, pues.
DIEGO. Cuando usted quiera.
GASPAR. Saldremos dentro de un rato.
DIEGO. (Irme y dejarla!... Esta duda
es un torcedor amargo.)
GASPAR. (Tarde volverás, si vuelves,
en viéndote yo á caballo.)

ESCENA VI.

Dichos y ANASTASIO *entrando muy azorado.*

ANAS. Señor Diego... Don Gaspar...
si ustedes me dan licencia...
GASPAR. Qué se te ofrece á estas horas?
ANAS. Primero deje que pueda
esplicar lo que me pasa;
porque estoy...
GASPAR. Vamos, babieca;
acaba ya de una vez!
ANAS. Si Señor... voy...! quién creyera!..
Si lo miro y no lo creo!
DIEGO. Vamos, Anastasio, cuenta
qué es lo que te ha sucedido
que vienes de esa manera?
ANAS. Señor Diego, una desgracia.
GASPAR. Siempre será una pamema.
ANAS. Ojalá! Mas no por cierto!
GASPAR. Acaba; ya me impacientas.
ANAS. pues es el caso, Señor,
que habiéndoseme en la huerta
olvidado el azadon
esta tarde, con presteza
fuílo á buscar hace poco
por temor que se perdiera;
estaba yo entretenido,
á oscuras en mi tarea,
cuando percibo unos pasos,
que con la mayor cautela

sonaban en direccion
del estremo de la cerca.
Ocurrióme no gritar
por saber de quiénes eran,
porque há dias sospechaba
que alguien aquí me la pega;
miro, veo, vuelvo, escucho,
paro y alargo la oreja,
y diviso á un embozado
que al llegar bajo la reja
de mí cuarto, se detiene;
mira, escucha, salta, trepa,
guiña, tose, saca, arroja,
baja, corre, escapa y vuela.
Salgo entonces; entro, subo,
llego, toco, abro la puerta;
busco, llamo, grito, callo;
traigo luz... Y hallo esta esquela.

Diego. Y nadie en el cuarto habia?

Anas. No señor; pero me inquieta
que aunque el cuarto estaba solo,
en el cuarto duerme Petra.

Gaspar. Y qué dices de esto, Diego!
(*con intencion.*)

Diego. Señor, no atina mi lengua...

Gaspar. Dios es justo.

Anas. Lea usted;
quiero saber donde llega
de mi mujer la perfidia,
y de mí los...

Gaspar. (Es su letra.)
«Llegó la ocasion propicia; (*leyendo.*)
»ya recuerdas mis promesas;
»no te niegues: á las diez
»todos duermen en la aldea;
»elige entre mi venganza,
»ó entre mis dádivas, Petra.»

Anas. Lo vé usted? No lo decia?
Y habrá quien cachaza tenga...
No señor; con un garrote
Jesus! Jesus y que felpa!

Gaspar. Vamos, calla; menos bulla;
no nos rompas la cabeza.

Anas. No vé usted lo que me pasa?

Gaspar. Pues reventar y paciencia. (*con mal modo.*)

Anas. (Los consuelos de este hombre
son dulces como jalea!)

GASPAR. Vete, que ya nos estorbas. (*imperioso.*)
ANAS. Ya me voy. (Si es una fiera!)
GASPAR. No has entendido?
ANAS. Entendí.
(Voy á desquitarme en Petra.) (*vase izquierda* 2.°)

ESCENA VII.

GASPAR *y* DIEGO.

GASPAR. Supongo no habrás creido
que aquí la culpada sea
la criada, aun cuando yo
para cubrir apariencias,
haya dejado en su error
á Anastasio! Y esta prueba,
sera prueba para tí?
Vamos, responde, confiesa.
DIEGO. Padre, déjeme usted ya;
no vé usted que me envenena
el dolor de un desengaño
que aniquila mi firmeza?
GASPAR. Pero es que no basta eso,
no basta que tú padezcas
para que quede tu honra
ante los demás ilesa.
Hay un hombre que hasta aquí
esta noche llegar piensa;
hay un hombre que tu honor
robar bajamente intenta,
y quedar no puede impune
una maldad tan proterva.
Levanta la frente; olvida
de tu amor la mala estrella,
y sabe ser hombre aquí,
ó perece en la contienda.
Sígueme.
DIEGO. A dónde vamos?
GASPAR. Donde tu honor aconseja.
DIEGO. Padre, yo sé lo que hacer.
GASPAR. Sígueme y calla, ó espera
que tu mismo honrado padre
haga pública tu mengua. (*medio mutis.*)

ESCENA VIII.

Dichos, MARIA *y* JULIAN.

MARÍA. Diego, te marchas ahora?

GASPAR. Sí. (*con aspereza.*)
MARÍA. Tan tarde?
GASPAR. Que mas dá ?
JULIAN. Estás muy triste, papá! (*llegando á acariciarle.*) Dame un beso. (*se lo dá.*)
GASPAR. (*tirando de Diego.*) Que es la hora.
MARÍA. Ay Dios! (*viendo la indiferencia de Diego.*)
GASPAR. De poco te alteras. (*con ironía.*)
MARÍA. Por muchos
dias? (*humildemente.*)
DIEGO. No sé. (*desabrido.*)
GASPÁR. (Quizás mas pronto aquí esté
de lo que tú te lo esperas.) (*con intencion; vanse segunda izquierda.*)

ESCENA IX.

MARÍA *y* JULIAN.

(La primera va á sentarse á un lado, abatida y llorosa, el segundo observándola, corre á su lado y la acaricia.)

MARÍA. Qué desgraciada he nacido!
JULIAN. Vas á volver á llorar?
No te basto á consolar,
ó quieres verme afligido?
MARÍA. Hijo! (*abrazándole.*)
JULIAN. Si; mucho de abrazos!
Crees con esto complacerme,
y vás, no obstante, á romperme
el corazon en pedazos!
Que aunque callo por respeto,
y mi lengua siempre es muda,
no tengo ninguna duda
de que callas un secreto.
Por qué no he de conocer
ese dolor tan impío?
MARIA. Eres un niño, hijo mio;
no me puedes comprender.
JULIAN. Es verdad; pero advertir
bien te puedo, sin faltar,
que si soy niño en pensar,
no lo soy para sentir.
Y no merece disculpa
el que su alma no taladre
al ver llorar á su madre!
Tengo yo acaso la culpa?
Que aunque nadie me lo crea,
es verdad, y yo lo siento,

que este amargo pensamiento
no se aparta de mi idea.
Martirizarme no es justo
y mi impaciencia se exalta;
ó incurrí en alguna falta?
Te ocasioné algun disgusto?
Si es asi, con sumision
te ruego rendidamente,
que lo olvides indulgente
y mi otorgues tu perdon.

MARIA. Pobre ángel, que en mi tristura
eres mi solo consuelo!
Calma tu cuita y tu anhelo,
y tu inocente amargura.
No, mi tristeza y quebranto
puedes tu nunca causar,
ni me haces tú derramar
los raudales de mi llanto.
Honda y profunda raiz
el mal en mi pecho anida,
haciéndome por la vida
sin ser culpable, infeliz!

JULIAN. Ya veo no satisface (*con tristeza.*)
mi afan á tu angustia, no:
pero si no basto yo,
por qué papá no lo hace?
Siempre le miro tan sério...

MARIA. Le juzgas con injusticia.

JULIAN. No, perdona á mi malicia;
pero aquí se halla el misterio.
Piensas que no observo y miro
que alucinarme pensais?
Cada vez que os encontrais,
ambos lanzais un suspiro.
Un dia y otro se pasa
en tan triste situacion;
tú, metida en un rincon;
él, sin entrar en la casa.
Y, no creo me equivoque;
mas es esto, á no dudar,
desde el dia en que al lugar
volvió vuestro amigo Roque.
Cualquier cuidado enemigo
dicen que ante un hijó cede:
cómo es que asi no sucede
entre vosotros, conmigo?

MARIA. Hijo, por última vez

ocupe tu inquieta mente,
el desgraciado incidente
que alarma tu candidez.
Misterios hay en la vida
de tan larga duracion,
que marcan el corazon
con una profunda herida.
Luchas en que nadie espere
vencer, si el alma batalla;
en que se sufre y se calla,
y callándolas, se muere.
Arcanos que aun á despecho,
son de la virtud sudario,
guardados en el sagrario
de lo profundo del pecho.
No intentes, pues, discurrir
por su dédalo confuso,
Dios un candado me puso,
no lo pretendas abrir.
Ama á tu padre, acrisola
este afecto sobre todo,
y á tu frente de este modo
ceñirás una aureola.
Y si no puede leer
tu cariñosa aficion
la causa de mi afliccion,
ni mis penas comprender,
para endulzar tu destino
y recobrar el consuelo;
para hallar en este suelo
menos árido el camino,
puedes decirte, aunque estás
en el amor poco ducho,
mi padre me quiere mucho
y mi madre, mucho mas.

JULIAN. No ya, porque bien te cuadre,
daré causa á tu quebranto ,
conque usted me quiere tanto? (*besándola.*)

MARIA. Te quiero... como tu madre.

JULIAN. Si es asi, juro en conciencia,
aunque me amarge tu lloro,
que pagaré ese tesoro
con humildad y obediencia.

MARIA. Ya la ocasion es llegada
de podérmelo mostrar.

JULIAN. Cómo?

MARIA. Yéndote á acostar,

que está la noche avanzada.

JULIAN. Y tú... no vas á venir?

MARIA. No puedo, aunque lo quisiera.

JULIAN. Por qué?

MARIA. Papá se vá fuera
y le debo despedir.

JULIAN. Me estraña y sorprende eso.

MARIA. Que hay en ello que estrañar?

JULIAN. Nunca acostumbra á marchar
sin venir á darme un beso!!

MARIA. Yo te los daré á porfia! (*Con efusion muy triste.*)

JULIAN. Bueno... bien!... Cómo ha de ser!

MARIA. Toma... y vete á recojer! (*Besándolo varias veces.*)

JULIAN. Buenas noches, madre mia! (*Vase primera izquierda.*)

ESCENA X.

MARIA.

¡Oh si... debo averiguar
antes que parta... Señor!
Por qué tan grande dolor
me quisiste decretar?
Y algo sucede! Su muda
distraccion antes aquí...
Algo pasa... pronto, sí,
aclaremos esta duda!
Qué temo? No estoy culpada!
Dios me comprende y me mira!
Podrá triunfar la mentira
contra mi honor inventada?
Dios mio! Haced que no toque
mi labio tan triste hiel,
y en esta lucha cruel
amparadme! Quién es?—Roque!
(*Sobrecogida al ruido de los pasos y tranquila al conocer que es Roque.*)

ESCENA XI.

ROQUE y MARIA.

ROQUE. Iba á buscarte, María.

MARIA. Qué me quieres?

ROQUE. Tú has llorado.

MARIA. Sí.

ROQUE. Me lastima tu estado
y aliviártelo querria.
MARIA. Gracias, Roque.
ROQUE. A la discordia
justo es que la paz humille,
porque más hermosa brille
la eterna misericordia.
MARIA. Déjame en ella creer;
pero en la tierra!...
ROQUE. En su nombre
esfuerzos aplica el hombre,
secundando su poder.
MARIA. Mas si ves entre zozobras
que nuevos males avanzan!...
ROQUE. Siempre los justos alcanzan?...
el galardon de sus obras.
MARIA. Ay! mi esperanza fallece,
penas vertiendo á su paso!
ROQUE. El sol desciende á su ocaso,
y al otro dia, aparece.
Con radiante magestad
abre su dorado broche,
de la fatídica noche
borrando la oscuridad.—
Si no te falta memoria,
dá un punto trégua á tu duelo,
y hallarás, para consuelo,
la prueba en tu misma historia.
Que hubo un dia, ya lejano,
mas de fecha no olvidada,
en que tambien desolada
pudo aliviarte tu hermano.
Y si aquel lazo bendito
aun el tiempo no rompió;
si sordo aquí no volvió
de amistad al santo grito,
por qué dudar se decida
á buscar, viendo tu pena,
modo de unir la cadena
que juzgas rota y perdida?
MARIA. Grano que al fondo rodó
y que la batiente humilla,
no vuelve nunca á la orilla
donde otro tiempo brillo!
Así del tiempo que es ido
y en cuya imágen me pierdo,
apenas queda un recuerdo
en lontananza perdido.

Ni qué sirviera evocar
las impresiones de ayer?
Quién no pudiera volver
el pensamiento á pensar!

ROQUE. Bien dices; tupida venda
ante ese ayer coloquemos,
hoy que entrambos recorremos,
los dos por distinta senda.
Ni tampoco vine aquí
á tal intencion sujeto;
que vine con el objeto
de estar en vela por tí.

MARIA. En qué riesgo tan probado
por ventura puedo verme,
que no baste á defenderme
este hogar inmaculado?

ROQUE. Sé que á Salamanca pasa
Diego esta noche, y pudiera...

MARIA. No es, Roque, la vez primera
que se ha ausentado de casa.

ROQUE. Mas nunca aquí un enemigo
dejó, que pudiera hacer...

MARIA. Nada tiene que temer (*con arrogancia.*)
porque está mi honor conmigo.

ROQUE. Sí; mas la maledicencia
moverá su labio inmundo.

MARIA. Vale más la voz del mundo,
que el grito de mi conciencia?

ROQUE. No encontrar para tu duelo
testigo y juez no te abisma?

MARIA. Yo soy el juez de mí misma
y mi testigo es el Cielo!
(*con la altivez del virtuoso.*)
Y no mas sobre esta llaga
toquemos con ruda mano;
el decreto soberano
cúmplase, y en mí se haga.

ROQUE. Tu resolucion loable
no me basta á convencer;
Dios no te aconseja ser
ante los hombres culpable.
Justo en él es confiar;
pero justo es á la vez,
con virtuosa altivez
tu inocencia demostrar.
Es amargo combatir
cuando indemnes nos sentimos;

pero en el mundo vivimos
y hay en él que transigir.
Ni pienses que á la eleccion
tienes tampoco derecho;
que así tan solo habrás hecho
cumplir con tu obligacion.
Que si el lunar en tí fijo
no alcanza entero á borrarse,
pasa luego á refractarse
en la frente de tu hijo.
Y doble delito es
ante la divina gracia,
no atajar una desgracia
que puede ser la de tres.

MARÍA. Miro la senda cerrada
del bien á que me encaminas.

ROQUE. El remedio no imaginas
porque te ves ofuscada.
El mismo yerro de Antonio,
para una repara ion
te puede dar ocasion.
Si de tu fé en testimonio
haces lo que yo te pido,
aunque en ello tu honor luche,
yo haré que Diego os escuche
y quedará convencido.

MARÍA. Artificio tan ruin
tiene mi honradez en menos.

ROQUE. Todos los medios son buenos,
si justo y santo es el fin.

MARÍA. Si piensa que es falsedad
no verá doble su ultrage?

ROQUE. La verdad tiene un lenguaje
que dice: «Soy la verdad.»

MARÍA. Haz lo que quieras hacer,
pues no puedo estar así.

ROQUE. Bien sabes que para tí
ningun mal puedo querer.
En tanto libre respira,
pues el término presiento,
y acaso este pensamiento
es Dios, el que me lo inspira.

MARÍA. Mas cuándo ocasion habrá?

ROQUE. Mañana si ser pudiera.

MARÍA. No sabes que marcha fuera,
si es que no ha marchndo ya?

ROQUE. No debe así presumirse,

pues ni es tiempo todavía,
ni en camino se pondría
sin entrar á despedirse.
Voy en su busca, y haré,
si puedo, que se detenga;
que como logre que venga,
mi oferta te cumpliré.

MARÍA. Grande es, Roque, tu cariño
que no sé cómo pagar.
Mas qué vas á pretestar?...

ROQUE. Que... se ha puesto malo el niño.
(*vase segunda puerta izquierda.*)

ESCENA XII.

MARÍA, *cayendo de rodillas delante de una imágen de la Virgen que deberá haber entre los objetos de la sala.*

Madre del amor divino,
que sobre el trono de nubes
y entre célicos querubes
fijas tu cándido pié!...
Acoje con mi plegaria
bajo tu celeste manto,
la amargura de mi llanto
y el tributo de mi fé!
Luz que los orbes alumbra;
azucena embalsamada;
nítida perla engarzada
en la corona de Dios!
Vencedora siempre pura.
de quien Luzbel fué despojos;
dígnate volver tus ojos
de mis pesares en pós!
A tí me acojo en mi duelo;
á tí mi clamor me lleva;
á tí mi alma se eleva
y á tí mi espíritu vá.
En tí contemplo mi escudo
y en tí el faro que me guia;
que en tus manos, madre mia,
toda mi esperanza está!...

(Queda un momento de rodillas con la cabeza baja y sumergida en su oracion; un momento despues de concluir María de hablar, aparece Antonio por la ventana; salta sin hacer ruido y dirígese á la segunda puerta izquierda, cuya llave puesta en la cerradura, tuerce sin quitarla de su sitio; al ruido de la llave levanta María la cabeza, vé á Antonio

y se alza del suelo, dando un grito que ahoga; toda esta escena ha de hacerse con la mayor energía, pero á media voz, como quien teme ser sorprendido.)

ESCENA XIII.

MARÍA *y* ANTONIO.

MARÍA. Jesus mil veces!
ANTO. Yo soy.
MARÍA. Voy á perder el sentido!
ANTO. Vamos, nada de ruido,
pues resuelto á todo estoy.
MARÍA. Conque es mi deshonra cierta?
Asi con traza villana
entra usted?...
ANTO. Por la ventana,
pues que la he encontrado abierta.
Y no debes olvidar
que con dejarla espedita,
has mostrado que mi cita
consientes en aceptar.
MARÍA. Yo!... yo!... Qué dice este hombre?
Que acepte mi deshonor...
yo misma?... Jesus! qué horror!...
ANTO. Permíteme que me asombre
de esas frases en tropel,
y tanto amargo gemido,
pues debes haber tenido
mi aviso por un papel.
El papel la hora marcaba;
llego, miro, estoy alerta,
la ventana estaba abierta,
claro está, se me esperaba!
MARÍA. Qüé horrible maquinacion
es la que llego á entender?
No es verdad! No puede ser!
Ni quién de tan vil traicion
fuera el cómplice malvado!
ANTO. Por ventura eso te admira?
Petra!
MARÍA. Petra? No, mentira.
No me lo hubiese ocultado;
siempre fiel conmigo ha sido,
y por mi suerte cruel,
ese insolente papel
en otra mano ha caido.
Pero de cualquiera suerte
no me verá usté humillada;

soy honrada! Soy honrada,
y lo seré hasta la muerte.
Salga usted sin dilacion,
ó haré, porque lo sonrojen,
que de mi casa lo arrojen
como se arroja á un ladron.

ANTO. Insensata! No conoces
que nada de mí te escuda,
y que no hay nadie que acuda
á tus gritos ni á tus voces?
Ví á tu marido marchar,
y Roque despues salió,
todos duermen; y eché yo
aquella llave al entrar.
Armado vengo tambien
contra cualquier enemigo,
sola te encuentras conmigo;
quién ha de ampararte, quién?

MARÍA. (*como faltándole las ideas y designando alternativamente las habitaciones de Julian y el Cura.*)
El Cielo... Dios... mi inocencia...
mi fuerza, mi voluntad,
la niñez... la ancianidad...
mi deber y mi conciencia! (*arrastrándole hasta la puerta primera izquierda, que es la del niño.*)
Entre risas de candor,
allí, sin ningun cuidado,
por los ángeles guardado
duerme el hijo de mi amor.
Yo os provoco, y esto elijo;
veremos, si mal que os cuadre,
osais tocar á la madre
abrazada con su hijo. (*acompañando la accion con la palabra.*)

ANTO. Que es pobre defensa, advierte,
y no por ella me apuro;
pues cediera el débil muro
á la audacia del mas fuerte.
Mas antes que á la violencia
cedas, sin que en vano luches,
es menester que me escuches
refrenando tu impaciencia.
No de un amor pasajero,
que aun puede ser mi desgracia,
es fruto tal pertinacia;

mi corazon todo entero,
mi vida, mi libertad,
mi opinion, la hacienda mia,
desde que te ví, María,
lo rindió mi voluntad.
Libre tú para casarte,
hubiera sido tu esposo;
ya casada, me es forzoso
de tu marido arrancarte.
Y no me hables de ceder
ni invoques tu deber fiero;
á esto vine, y esto quiero,
y esto habrá de suceder.
Ahora piensa, y mira el modo
que á tu bien mejor le está,
calculando lo que hará
quien está resuelto á todo.

MARÍA. No dirá usted que no oí
hasta el final su propuesta;
escuche usted mi respuesta,
pues hora me toca á mí.—
Si abandonada del mundo
gimiera en la soledad,
y en miserable horfandad
hasta el abismo profundo
de la indigencia rodára;
si la calumnia lograse
que mi hogar desamparase,
y Diego me despreciára,
(*cada vez con mas energía.*)
y olvidada pereciera,
sin luz, sin norte y sin guia...
lo mismo os despreciaría;
lo mismo le aborreciera.

ANTO. Luego nada te intimida
y me provocas con brío?
Luego tu fiero desvío
no acabará?

MARÍA. Con mi vida.

ANTO. Mira que labrando estás
el mal que á muchas perdió.

MARÍA. Cumpla como deba yo,
y haga el cielo lo demás.

ANTO. Por cualquier medio la palma
de mi amor he de obtener.

MARÍA. No hay en la tierra poder
para aprisionar el alma.

Anto. Con verdad ó con mentira
te vá el mundo á despreciar.
María. Suelen los hombres cegar,
pero Dios siempre nos mira.
Anto. Qué harás si Diego de aquí
te lanza altivo y cruel?
María. Pedir perdon para él,
fortaleza para mí.
Y no mas haga usté alarde
de su intencion vengadora;
le desprecio desde ahora
sin que nada me acobarde;
obre pues, cual le sugiera
el rencor que yo encendí;
pero salga usted de aquí;
salga usted; salga usted fuera!
(como tomando una resolucion.)
Anto. Está bien; vóime á marchar,
pues tanto mi orgullo humillas;
pero quizás de rodillas
has de venirme á rogar.
A tanto tu honor alcanza,
que has conseguido, María,
emprenda desde este dia
la senda de mi venganza.
(con ira creciente y reconcentrada
Y cuando salga del pecho
esta hiel que le acibára...
cuando al fin de tu honra clara
no quede mas que un deshecho;
entre uno y otro reproche,
gozando por lo sufrido,
irá mi risa en tu oido
á recordarte esta noche.
Entonces, á los destellos
del fuego de tus enojos,
no llanto darán tus ojos;
sangre, verterás por ellos!

(Al dirigirse á la ventana para saltar por ella, se presentan en la escena Gaspar y Diego, ambos en traje de camino y cierran el paso á Antonio, este retrocede y María dá un grito de terror.)

ESCENA XIV.

María, Antonio, D. Gaspar *y* Diego; *un momento despues* Roque *por la segunda puerta izquierda, y el* Cura *por la puerta derecha primera.*

Gaspar. Qué aguardas ya? Velo allí.

(*designando á Antonio.*)

MARÍA. Ah! (*al ver á su marido.*)

ANTO. Tu marido! (*retrocediendo y poniendo mano á una pistola.*)

DIEGO. (*saltando á la escena.*) Traidor!

ANTO. Encomiéndate al Señor. (*haciendo fuego: la pistola no hace mas que romper el misto.*)

MARÍA. Socorro! Favor! Aquí! (*abriendo la llave de la segunda puerta izquierda.*)

ROQUE. Qué sucede? (*saliendo por la misma.*)

CURA. Desgraciado! (*saliendo con trabajo é interponiéndose entre Antonio y D. Gaspar.*)

MARÍA. Yo me muero! (*cayendo de rodillas á los piés de Roque.*)

ANTO. (*con ira concentrada.*) Maldicion!

ROQUE. María! (*sosteniéndola.*)

DIEGO. No hay compasion. (*á su mujer y queriendo apartar á Roque que se interpone.*)

CURA. Deshonrada! deshonrado! (*en el mayor dolor.*)

DIEGO. Y yo en tu honor confié! (*á María.*)

GASPAR. Inevitable es la lucha. (*por Antonio y sacando un puñal.*)

DIEGO. Maldita! (*á María.*)

ROQUE. Que Dios te escucha. (*alzando la mano con solemnidad.*)

GASPAR. Infame! (*queriendo arrojarse sobre Antonio.*)

CURA. Que Dios te vé! (*como inspirado alzando las manos al Cielo.*)

(La colocacion para esta escena es del modo siguiente, contándose por la derecha del actor. Antonio, Cura, Gaspar, Diego, Roque, María. De suerte que de este modo forman dos grupos distintos, cada cual en un estremo de la escena. En las respectivas posiciones que se esplican, permanece el cuadro hasta caer el telon.—Cuadro estudiado.

ACTO III.

La escena representa la habitacion del padre Juan; una puerta en el primer término de la izquierda del actor, que es la del cuarto de María; en segundo término otra, que es la de entrada general; en la derecha otras dos; la primera el cuarto del Cura; la segunda el de Roque; el foro con puerta que dá al campo; á los lados de esta dos ventanas de reja, levantadas del suelo por un pequeño zócalo; en

los hierros de estas ventanas se entrelazan unas enredaderas, que casi las cubren; un Crucifijo encima de la puerta; lámpara colgada delante; los muebles muy humildes; un pequeño altar; un sillon de baqueta; sillas de ancas; sobre el altar una lámpara; esta y la que alumbra al Crucifijo, son las únicas luces de la escena; son las cuatro de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

Anastasio *y* Petra *dormidos cada uno en una silla;* Roque, *saliendo por la primera puerta derecha en trage de sacerdote con balandran.*

Roque. Petra! Anastasio! Dormís? (*moviéndolos.*)
Petra. Nos ha vencido el cansancio.
Roque. Qué hora es? Habeis oido?
Anas. Cerca han de ser de las cuatro.
Roque. Mucho temo que la aurora
vista de fúnebre manto
nuestros tristes corazones.
Petra. Se encuentra tan de cuidado?
Roque. La noche postró sus fuerzas
y cáusame sobresalto,
la pesadilla angustiosa
en que está desde hace un rato.—
Todos duermen todavía?
Anas. No es de estrañar; se acostaron
mucho despues de la una.
Roque. Descansa Diego en su cuarto?
Petra. No señor; al de su padre
dirigióse cabizbajo,
sin siquiera despedirse
del niño.
Roque. Del trance amargo
próximo aquí á suceder,
perdónele Dios humano
la parte que le ha cabido.
Petra. A Diego?
Roque. Sordo al alhago
de su hijo, y de su esposa
al ruego; sin hacer caso
de saludables consejos
á su bien encaminados,
su conducta, al padre Juan
lleva al eterno descanso.
Anas. Confesemos con franqueza,
que en verdad es un buen chasco
lo que le está sucediendo.

Pues si yo que soy un ganso,
por una apariencia solo
pasé tan perverso trago,
él, que tiene certidumbre,
cómo estará?

Roque. Ha encontrado
por ventura alguna prueba?

Anas. No señor, no digo tanto;
pero tampoco el alivio
de sus celos; al contrario;
su mujer nada le dice
con estar siempre llorando;
y el otro, cuando le pide
satisfaccion de su agravio,
contesta de un modo tal,
y con términos tan ágrios,
que acusa mas que defiende.

Petra. Quieres callar, Anastasio?

Roque. Todo eso ha sucedido?

Anas. Y aun otras cosas que callo.

Roque. Cómo? Qué, nada me ocultes.

Petra. No le haga usted ningun caso,
porque esos son disparates.

Roque. No importa; cuenta, veamos.

Anas. Pues, si señor, lo diré
todito de cabo á rabo.—
Durante estos ocho dias
que á Salamanca llamado
se fué usted á cantar misa,
Diego, á la chita callando,
en busca se fué de Antonio,
y hubo riña; pues es claro!
quién tiene tanta paciencia!
Pero Antonio, con descaro
se negó á satisfacerle:
entonces, sin mas retraso,
don Gaspar indujo á Diego
y trata de divorciarlo.
Tienen dispuesto el viaje,
y si ya no se largaron,
es por mirar que se halla
el padre Juan acabando.

Roque. Y ha sabido el señor Cura?...

Anas. En seguidita, en el acto
todo yo se lo conté.

Roque. Qué tiene entonces de estraño
le haya encontrado á mi vuelta

en tan lamentable estado?
Ellos le acercan su muerte;
pero en el deber estamos
de hacérsela menos triste.
De esperanza un resto alcanzo;
quizá tiempo pueda ser;
Dios es grande, y de su mano
bienhechora, en este dia
santa proteccion aguardo.—
Escuchad, amigos mios;
un favor voy á rogaros;
uno de vosotros dos
quisiera, aunque es muy tempran
llegára á casa de Antonio,
y hacerle venir.

ANAS. Andando;
si es que duerme, le despierto;
mas no será necesario,
porque en esta madrugada,
segun me ha dicho el muchach
de su huerta, iba á salir
á su cortijo á caballo.

ROQUE. Suplicándolo en mi nombre,
dices soy yo quién le llamo.

ANAS. Y si bien á bien no viene,
á la fuerza me lo traigo.
Bonitas ganas le tengo!
Me pinto para estos casos.—
Vaya, voy. (Me llevaré
un garrote, por si acaso.)
(*vase foro derecha.*)

ROQUE. Y tú, Petra, haz que María
se levante, por si acaso
puedo conseguir mi plan.

PETRA. Bien poco habrá descansado,
pues apenas la infeliz...
Mas calle usted; siento pasos;
se me figura que es Diego. (*mirando por la segunda puerta izquierda.*)

ROQUE. Diego!

PETRA. Sí.

ROQUE. Mucho lo aplaudo;
la ocasion es favorable;
vete, y no olvides mi encargo.

PETRA. (Dios ayude su intencion
y calme dolores tantos.)
(*vase primera puerta izquierda.*)

ESCENA II.

ROQUE *y* DIEGO.

DIEGO. Buenos dias.
ROQUE. Dios te guarde.
DIEGO. El padre Juan?...
ROQUE. Muy postrado.
DIEGO. Desconfias de su estado?
ROQUE. Para confiar es tarde.—
DIEGO. Un hado á todos fatal
quiere su influjo ejercer.
ROQUE. Dios te perdone el haber
contribuido á su mal.
DIEGO. Formas de la agena culpa
la acusacion que me haces.
ROQUE. No tu pecado rechaces,
cuando no tiene disculpa.
Que en ningun caso es razon
hacer, por propios rencores,
que hieran nuestros dolores
el ageno corazon.
Débil y abatido anciano
no lo pudo soportar;
no debiste así pagar
el bien que te dió su mano.
DIEGO. Roque, te suplico dejes
ese recuerdo en quietud,
y no con tanta acritud
me juzgues ni me motejes.
No sé si razon te asiste;
mas sufro al verme injuriado,
y hoy es para mí sagrado
el título que te inviste.
Que no lo olvides espero.
(*dirigiéndose á la habitacion del Cura.*)
ROQUE. Dónde vas?
DIEGO. Qué, no lo aciertas?
ROQUE. Tú no abrirás esas puertas
sin que me escuches primero.
Y puesto me haces que note
el deber á que me obligo,
ya que te ha hablado el amigo
te vá á hablar el sacerdote.—
Alza la frente del suelo
y mírame faz á faz,
que si hay en tu alma paz,

si no has ofendido al cielo
si no por torpe malicia,
aquí sembrastes enojos,
escrita estará en tus ojos
la verdad y la justicia!
No hacerlo puedes, verdad?
Es que á tí mismo te gritas,
que otra gran falta meditas
mayor que toda maldad.

DIEGO. Yo... no comprendo... me abismo
y ese lenguaje tan rudo...

ROQUE. Pon tú corazon desnudo
y examínale tú mismo.
Pregúntale si no siente
la vergüenza que te acosa,
al abandonar tu esposa
y á un pobre niño inocente.

DIEGO. Yo...

ROQUE. No dirás que es mi lengua
injusta cuando sentencio;
porque dice tu silencio
la confesion de tu mengua.

DIEGO. Pues bien, aclárese todo;
quien lo dijo no ha mentido:
me encuentro ya decidido
á romper de cualquier modo.
Si confianza le escuda,
la fé en el marido crece;
mas si esta desaparece,
es un tormento la duda.
No quiero mas inquietud,
si al bien el paso me cierro,
mas resaltará mi yerro,
y en ella mas su virtud.

ROQUE. Y de esa reputacion
que hoy sueñas mirar impura,
se lava la mancha oscura
con tal determinacion?
Razon piensas te darán
los que escuchen tu querella?
Culpable serás con ella,
y de entrambos dudarán.

DIEGO. Qué podra en mi perjuicio
la calumnia suponer?

ROQUE. Que dejastes tu deber
para vivir en el vicio.
Y si hoy tu encono acrecientas

por una sospecha impía,
piensas que no llegue un dia
en que, tarde, te arrepientas?
Piensas que la mocedad
tambien no acaba á su vez?
No ha de llegar la vejez
con su triste soledad?
Entonce, en tí siempre fijo,
te dirá tu cruel dolor,
yo me arrebaté el amor
de mi mujer y mi hijo;
hijo que, aunque mal te cuadre,
verás pasar á tu lado,
sin el derecho sagrado
de apellidarte su padre.

DIEGO. Eso no; tengo decoro;
nada faltará á ese niño.

ROQUE. Ni el respeto ni el cariño
comprarse pueden con oro.
Ni cómo tan gran virtud
le exigieras en tal caso,
recordando á cada paso
su precaria juventud?
Mirando en tí al que causó
su horfandad desde el nacer,
y que el llanto hizo verter
á aquella que el ser le dió?

DIEGO. Conmigo irá, y en la ruda
contienda quedaré ileso.

ROQUE. Tampoco puede ser eso;
la ley á su madre escuda.
Ni qué corazon encierra
ponzoña tal, que al dejarla,
se atreviera á bandonarla,
sin un consuelo en la tierra?

DIEGO. No de su suerte futura
con justicia el ay! exhala,
pues no debe ser tan mala
cuando ella se la procura.

ROQUE. Su suerte!! Sabes cuál prueba
la que está en su situacion?
Dar á la murmuracion
el pasto con que se ceba.
Vivir en su triste vida,
por do quiera vigilada;
de todos ser censurada:
por todos ser perseguida.

Acusada de un pasado
sin pudor y sin juicio;
de un presente, en que está el vicio
con su miseria hermanado.
Fijar el pié, aunque lo huye,
en ese mar de impureza,
que principia en la pobreza
y en el delito concluye.

DIEGO. Sí, mas la que preconiza
de saberse defender...

ROQUE. El que deja á su mujer,
para todo la autoriza.
Que la hiel suele ser tanta,
que no hay medio á resistir;
pues para no sucumbir
preciso fuera ser santa.—
No es esto encontrar disculpas,
ni á la adúltera dar nombre;
pero las faltas del hombre,
en la mujer son las culpas.

DIEGO. Si ella á sí misma se inmola
y á esa vida se sentencia,
la inmediata consecuencia
pesará sobre ella sola.

ROQUE. No; que tambien, sin que venza
el anatema en sí fijo,
darás á tu pobre hijo
una vida de vergüenza.
Y cuántos de los que gimen
rechazados por do quier,
se lanzan á recorrer
las gradaciones del crímen!
Crímen que hoy un honor falso
posible y aun cierto hace,
y que horrible desenlace
tener puede en un cadalso.
La calma un punto recobra,
y contempla tu agonía,
si te dijeses un dia
ese cadalso es mi obra.

DIEGO. Pues bien, yo quiero evitar
que eso llegue á suceder;
dime tú qué debo hacer;
dime tú cómo he de obrar.
Que un agravio se me ha hecho,
aquí lo sabe cualquiera;
para obrar de otra manera

quiero quedar satisfecho.
Mi afan á tu afan auxilia,
pues no hay hombre, aunque lo intente,
que renuncie fácilmente
al amor de su familia.
ROQUE. Hoy mismo partir debias;
espera; tu plan deshace.
DIEGO. Eso no me satisface;
há que espero quince dias.
ROQUE. A ese hombre yo he llamado
y haré que confiese aquí.
DIEGO. Tambien ese paso dí,
y nada me ha confesado.
Y si en mi rencor prolijo
su sangre no derramé,
fué porque allí recordé
la corta edad de mi hijo.
ROQUE. Si con él nada alcanzára
tendrás derecho á acusarme.
DIEGO. No quiero mas encontrarme
mi enemigo cara á cara.
ROQUE. Solamente un dia quiero;
ya ves que á poco te obligas.
DIEGO. Accedo, porque no digas.
(despues de dudar un momento.)
Un solo dia me espero.—
Ahora que esto está acabado
al padre Juan ver quisiera.
ROQUE. Antes, á que mire espera
si lo permite su estado.
(vase primera puerta derecha.)

ESCENA III.

DIEGO.

En esta lucha fatal
en que el corazon batalla,
quiero apurar hasta el fin
la postrimera esperanza.
Pues cuando vive el amor
en lo profundo del alma,
aun con agravios se espera,
pues siempre espera quien ama.

ESCENA IV.

DIEGO, MARÍA *y* PETRA, *por la primera puerta izquierda, que hablan al paño, sin ver á Diego.*

MARÍA. Déjame, no me prodigues

consuelos en mi desgracia;
que sé lo que debo hacer,
y mi inocencia me ampara.
Cuida del niño; despiértale
y hazle que venga á esta sala,
que hoy cual nunca, necesito
tenerle ámi lado, anda. (*Vase Petra.*)
Ah! (*Maria se dirige á la puerta derecha, y cuando está cerca de ella, al ver á Diego intenta volverse.*)

DIEGO. Qué es eso? Huyes de mí,
ó mi vista te acobarda?

MARÍA. El criminal solo huye
de ver á su juez la cara;
y yo, como no lo soy,
no tengo por qué ocultarla.

DIEGO. Entonces...

MARÍA. Hallar no quiero
al que duda de mi fama;
al que mancilla mi honra;
al que me ofende y me ultraja.
Y pues hollando el deber
que Dios y el mundo consagran,
á tu esposa y á tu hijo
abandonas tan sin causa,
entre los dos concluyeron
esplicaciones cansadas,
que enojan por repetidas;
que por dudosas, agravian.

DIEGO. Y por eso en altivez (*con cierta ironia.*)
el llanto vertido cambias
pretendiendo que el rigor
convenza mas que las lágrimas!

MARÍA. Rechazo tan torpe idea
por calumniosa y por falsa;
si ayer demandando al cielo,
vertí lágrimas amargas,
como jugo del dolor
que mi corazon prensaba,
hoy, que no puedo esperar,
que inocente me rechazan,
que me imponen un castigo
encontrándome sin mancha,
mi orgullo fuerzas recobra
y mi altivez se levanta,
para humillar al que quiere
gozarse en verme humillada.

DIEGO. Pobre alarde, que perece
ante la voz que se alza,
y que con causa, ó sin ella,
contigo irá donde vayas.

MARÍA. Qué me importa ese clamor,
qué su lengua emponzoñada,
ni su desden, ni su injuria,
ni su ley ni su asechanza?
Hable en buen hora; desprecio
tiros de tan pobres armas;
diga que fuí criminal,
esposa sin fé, villana,
que merezco mi abandono,
su horror, su risa, mi infamia.
Tengo con qué desmentir
acusaciones tan bajas;
y al menos un alma habrá...
una sola! que sensata
conteste á ese mismo mundo
por su conciencia inspirada...
«es madre, y no puede estar
»cubierta de lepra tanta;
»qué madre deshonraria
»al hijo de sus entrañas?

DIEGO. Piénsome que mas debieras
evitar lucha tan árdua;
no decir «soy inocente;»
si no mostrar pruebas claras,
recobrando de este modo
con tu honor mi confianza.

MARÍA. No la quiero; el que una vez,
por ilusiones soñadas,
un borron dejó caer
en la nieve de mi fama,
ni obtendrá mas mi cariño,
ni yo volveré á su gracia.

DIEGO. Luego... de cualquier manera,
vás á romper la alianza...

MARÍA. Alianza entre el verdugo
y la víctima inmoladas?

DIEGO. Te olvidas que puedo aún (*con ira concentrada.*)
centuplicar tu desgracia,
sumergirte en la miseria,
tomar de mi honor venganza?

MARÍA. No me asusta el porvenir;
puedes obrar cual te plazca;

y porque mas puedan ver
la grandeza de mi alma,
mientras me amenazas tú...
perdono tus amenazas.

DIEGO. No me humilles porque siento (*creciendo*
hervir mi sangre exaltada *en su ira.*)
y pudiera en un momento
el dique romper mi calma.

MARÍA. Accion muy digna de tí (*con ironía.*)
fuera tan heróica hazaña!

DIEGO. María, no me provoques!

MARÍA. Te he dicho que no me espantas.

DIEGO. No apures mi sufrimiento,
que mi paciencia se cansa,
y á olvidar voy el estado
en que el padre Juan se halla.

MARIA. Quién no venera las honras,
podrá venerar las canas?

DIEGO María! (*amenazante.*)

MARIA. Quién lo creyera!

DIEGO. Vive Dios que si no callas...
(*llegando á ella con furor, como en el acto de levantarla la mano.*)

NIÑO. (*saliendo.*) Señor padre! Que es mi madre!
No la injurieis! Respetadla!

(Julian ha salido corriendo, viniendo á colocarse entre María y Diego, y abrazado con su madre, dice los dos versos que anteceden; despues se desprende de ella, y lentamente vá á postrarse delante de Diego, continuando despues de una pausa, con mucho sentimiento.)

ESCENA V.

DIEGO, MARIA, *y* JULIAN.

Padre! perdon si pequé
por un impulso secreto,
y faltándote al respeto
de quien eras me olvidé!
Con el llanto en la megilla,
que es de mi falta testigo,
perdon te pido, y castigo,
prosternada la rodilla!

DIEGO. Alza, y ven á mi regazo,
de tu humildad en abono;
hijo! sí, yo te perdono!

JULIAN. Bendito seas!—Pero el lazo
que junta el tronco á la rama
porque esté mejor sujeto,

(muy marcado y muy despacio.)
aun no está, Señor, completo...
y aquella rama, reclama.
(señalando á su madre, con dolor.)
Quieres que uniendo á las dos,
la fuerza encuentren perdida!
(muy humilde.)

MARIA. (Hijo mio de mi vida!)

DIEGO. Niño, déjame por Dios!

JULIAN. Hasta aquí fueron felices,
y fruto dieron lozano;
si las enlazó tu mano,
podrá arrancar las raices?
Asi crecieron, y asi
juntas seguirán tus huellas;
si tú te miraste en ellas,
ellas se miran en tí.
Que no quiebre el viento bronco
la pequeña que en tí fía,
(designándose á sí mismo.)
para ser apoyo un dia,
de la mayor y del tronco.
(alternativamente designando primero á María y luego á Diego.)
Mústias están, y á acabarse
vá la sabia de su seno!
Podrás tú mirar sereno
ambas á dos marchitarse?

DIEGO. (Qué vergüenza!) *(despues de una pausa.*

JULIAN. No es posible
lo que ruega mi cariño? *(con gran sentimiento y ternura.)*

DIEGO. Lo que pides, pobre niño,
es imposible! Imposible!

JULIAN. Imposible? *(con estreñeza.)*

DIEGO. Hay un secreto
que saber no debes, no!

JULIAN. Y qué culpa tengo yo
del secreto... que respeto!

DIEGO. Condiciones diferentes
desunen y hacen estraña...

JULIAN. No ves el mar cómo baña
dos opuestos continentes?
Clima y distancia, recelas
propenden á desunirlos?
No, que la mar al cubrirlos,
los hermana y los nivela.

Sus olas van á buscar
en sus orillas el sueño;
no tendrá este mar pequeño
orilla en que descansar? (*por él mismo.*)

MARIA. (Dios mio! Calmad la pena
que prensa mi corazon!)

DIEGO. (Señor! Tened compasion
del dolor que me enagena.)
(*los dos apartes, muy sentidos.*)

JULIAN. Conque... Vamos! Cedes?... Si. (*á Diego.*)
Mirad que me haceis pedazos!
Tended los amantes brazos!
Hacedlo al menos por mí!
(*dirigiéndose á los dos.*)
Dad á mi ruego la palma,
y bendígaos el Señor!
Padre! Padre de mi amor! (*llorando.*)
Madre! Madre de mi alma! (*yendo del uno al otro.*)

DIEGO. Si... yo... (*sin poder hablar.*)

MARIA. Tu padre... quizás... (*lo mismo.*)

JULIAN. Ved que con ánsia lo imploro!

MARIA. (No ves lo que sufro y lloro!)

DIEGO. Dejadme! No puedo mas! (*vase primera puerta derecha.*)

ESCENA VI.

MARIA *y* JULIAN.

María se sienta abatida en un lado, y Julian permanece en pie en medio de la escena; despues de una pausa, pasa junto á su madre, á la que habla con sentimiento.

JULIAN. Perdonad si falté en algo
escitando vuestro duelo.

MARIA. Lloras?

JULIAN. Sí, me desconsuelo
al ver lo poco que valgo.
Pero es claro! Soy un niño!
Quién á un niño compadece,
si por niño, no merece
ni lástima ni cariño?
Y yo que le quiero tanto!
No me comprende... y se aleja;
hijo me llama... y me deja
sin atender á mi llanto?

MARIA. El cariño de tu madre
no alcanza á labrar tu bien?

JULIAN. Es mi dicha, mas tambien
necesito el de mi padre.
Entre ambos me puso Dios.
y ellos mirábanse en mí!
Si en medio de ellos crecí,
no he de querer á los dos?
MARIA. Dicta, si el amor se gasta,
la razon, ciertas acciones.
JULIAN. Yo no entiendo de razones;
sé querer, y esto me basta.
Y si preciso es optar,
puede en un padre caber,
la razon anteponer
al sentimiento de amar?
MARIA. Por Dios, hijo; ten en cuenta
no hablar del que el ser te ha dado,
porque incurre en un pecado
el que censurarle intenta.
Dios juzgue en su poderío
la acusacion que profieres.
JULIAN. No juzgo sus procederes;
me quejo de su desvío.
MARIA. Aun así, no es infecundo
su pecho á tan santo ardor:
porque es el único amor
que no muere en este mundo.
No obstante, y aunque me cuesta
mucho, te puedo decir,
que de hoy en el porvenir
solo tu madre te resta.
JULIAN. Y huérfano, desvalido
quedaré en el mundo espuesto?
MARIA. El Cielo asi lo ha dispuesto.
JULIAN. Qué desgraciado he nacido!

ESCENA VII.

Dichos, ANTONIO *y* ANASTASIO.

ANAS. Por aquí, señor Antonio.
MARIA. Jesus! Qué dice ese hombre.
(*Levantándose violentamente.*)
JULIAN. Te has asustado á ese nombre.
(*observándola.*)
MARIA. Ay de mí!
ANAS. Voto al demonio!
Entre usted.
ANTO. (Habrá alcornoque!)

ANAS. Espere aquí.
JULIAN. Qué te pasa? (*Siempre observando la turbacion de María.*)
MARIA. (Otra vez en esta casa!)
ANAS. Voy á avisarle á don Roque. (*Vase primera puerta derecha.*)

ESCENA VIII.

ANTONIO, MARIA *y* JULIAN.

ANTO. No alcanzo qué me querrá;
pero á no venir, creeria
que era porque yo temia.—
Cielos!

(Hasta este verso no ha llegado al proscenio ni visto á María, que violentamente huye hácia la puerta izquierda, dejando estático á Julian en medio de la escena: este fijándose en Antonio y como adivinando en aquel hombre la causa de las penas de su madre, corre á ella lanzando un grito.)

MARIA. Vámonos!
JULIAN. Mamá! (*Abrazándose con ella.—Pausa*)
ANTO. Por Dios que nunca pensé
á este estremo haber llegado.
Dime, niño; te he asustado?
JULIAN. Yo?—Si señor; me asusté.
ANTO. La razon hallar no puedo.
Te hice daño?
JULIAN. No.
ANTO. Es estraño!
JULIAN. Se puede, sin causar daño,
infundir tambien el miedo.
Que no el golpe material
producir suele el mayor;
es mas intenso el dolor
que vá á herir en lo moral.
MARÍA Salgamos, hijo, de aquí.
ANTO. Suplico á usted que le deje. (*Sorprendido por el tono sentencioso del niño.*)
JULIAN. Déjame; Dios me protege,
y quizás habla por mí.
ANTO. Conque tanto sentimiento
mi vista te ha producido?
JULIAN. Yo no sé lo que he sentido;
pero es mucho lo que siento.
ANTO. Instintos de aborrecer;
horror, que del odio pasa!

JULIAN. No señor; en esta casa
solo se enseña á querer.
Y por lo mismo que aquí
tan grato vínculo aduna
todas las almas en una,
cadena haciendo entre sí,
al verle, lleno de pena,
y sin saber la razon,
sentí en mi pecho la accion
de romperse esa cadena.
ANTO. Niño, tus frases sentidas
no sé qué á entender me dan;
que si inocente es tu afan,
si tus lágrimas vertidas
son por propia inspiracion,
ó Dios, como has dicho aquí,
al hablar, habla por tí,
ó tienes gran corazon.
MARIA. Se atreve usté á suponer
haya en su lenguaje dolo?
ANTO. Digo, señora, tan solo,
que me ha logrado mover.
Y que mi orgullo, que labra
teson para más alzarse,
miro de un soplo apagarse
ante su dulce palabra.
Aumentando de mi pecho
la confusion que recusa,
ser un niño quien me acusa
del daño que la haya hecho,
no la lid que admita espere;
porque siento, á mi pesar,
en mi corazon brotar
una espina que le hiere.
He aquí por qué he deducido,
que, con mañoso pretesto,
en este lazo dispuesto,
para caer, me han traido.
JULIAN. Si hay un lazo, es invisible,
y es Dios quien su fuerza vibra,
en él prendiendo la fibra
de ese corazon sensible.
No el hombre á la fiera iguala
en su instinto destructor;
pero sujeto al error,
ejerce el mal, sin ser malo.
Mas si, aunque oculta, conserva

el alma su tez de armiño,
el pobre esfuerzo de un niño
de nuevo error la preserva.
Por eso, con su humildad,
en este supremo instante,
vence David al gigante.

ANTO. Verdad, amarga verdad!
En dónde tu pensamiento
la fuente halló de esa ciencia?

JULIAN. Pone Dios la inteligencia
á nivel del sentimiento.
Así, al verle á usté, en mi mente,
como la luz de una tea,
brotó instintiva una idea,
como profunda, elocuente.
Ella le dijo á mis cuitas,
por ese, sufre tu madre!
Ese te deja sin padre
cuando mas lo necesitas! (*Casi llorando.*)

MARIA. Basta; refrena tu labio
ó á callar te obligaré. (*Conmovida y queriendo ocultar que sufre.*)

ANTO. Señora, déjele usté,
porque este niño es un sábio.
Y sus palabras de uncion,
están, dejándome herido,
como plomo derretido
cayendo en mi corazon.

JULIAN. Es que de Dios la infinita
bondad, nos puso, por suerte,
una voz que nos advierte,
y es... la conciencia que grita!
Es que, porque el riesgo afronte,
pasa á usted en este instante,
lo que pasa al caminante
con una piedra y un monte.
De éste la altura le arredra;
en aquella no repara,
y del monte se separa;
pero tropieza en la piedra.

ANTO. Cierto, si; que á detenerme
por mi bueno ó mal destino,
tú sales en mi camino,
pues no logro conocerme.
Ayer mi pecho ansió el llanto
ver correr; hoy paz recobra,
y á la vista de mi obra

me paralizo y espanto.
Ayer, para consolarme,
era mi sola esperanza
encontrar aquí venganza,
y hoy miedo me dá vengarme.
Qué congoja es esta fiera?
Qué dolor jamás sentido,
que el ánimo empedernido
ha trocado en blanda cera?

JULIAN. La venganza, imágen clara
tiene en la adelfa y su flor;
seduce con su color;
pero su jugo acibára...
Perdone usted, y á la luz
del sol brillará su nombre;
todo un Dios perdonó al hombre
al espirar en su cruz!
Ante su ejemplo, obcecado,
rencor guardará usté aquí?

ANTO. Qué quieres, niño, de mí,
despues de verme humillado?
Mas quién, porque bien me cuadre
esas máximas te dá?

JULIAN. Un santo que á Dios se vá!
Despues... mi bendita madre! (*pausa.*)
—Aquí, en medio de los dos, (*muy despacio.*)
ya sin temor ni disgusto,
ante la muerte del justo
que vuela al seno de Dios;
en el hogar de quietud
donde paz halla el que llora;
donde en santa calma mora
la honradez y la virtud,
un pobre niño, que enojos,
mira en los que el ser le han dado,
á usted se llega postrado
(*cayendo de rodillas delante de Antonio.*)
con lágrimas en los ojos.
Ignora, y quiere ignorar,
por qué usted hoy los aleja;
pero termine la queja
y que se vuelvan á amar.
(*se presenta Roque en la 1.ª puerta derecha.*)
Yendo de su bien en pós,
á Dios imite en lo humano;
dé usté á mi padre la mano,
(*cogiendo la de Antonio.*)

y devuélvame á los dos!

ANTO. Niño, sí! Mas si no es sueño,
(enteramente llorando y casi sin poder hablar.)
deja que al Cielo demande
por qué naciste tan grande;
por qué nací tan pequeño!
Deja que yo me convenza
por qué mi altivez humillas,
por qué baño mis mejillas
con lágrimas de vergüenza!!

ESCENA IX.

Dichos y ROQUE, *que viene á colocarse en medio.*

ROQUE. Ese llanto es el bautismo *(muy elevado.)*
que redime tu pecado,
y al Cielo sube, llevado
hasta el trono de Dios mismo!
Augusta y santa creencia
(tendiendo las manos al cielo, y como inspirado.)
en el cristiano encarnada!
Fé del Redentor sagrada
que dictó su omnipotencia!
Bálsamo del alma herida!
Cendal en que el triste llora!
Dulce egida protectora!
Vida que es fuente de vida!
Penetra en su corazon,
y al resplandor de tu llama,
en santo fervor le inflama!

ANTO. Perdon para mí, perdon!
(cayendo de rodillas.)
Bendecidme, y sin encono
el Señor será conmigo!

ROQUE. Hijo, sí; yo te bendigo,
(tendiendo las manos sobre la cabeza de Antonio.)
y en su nombre te perdono!

JULIAN. Madre! Madre! Qué alegría!

MARÍA. Hijo! Mi prenda! Mi gloria!

ANTO. Tuya es, niño, la victoria!

JULIAN. Dispénseme usted, no es mia!
Del Dios supremo es la palma!
De su corazon que es bueno!
De este amor que hay en mi seno
á mis padres de mi alma!
(en los brazos de su madre.)

ANTO. Sea; y pues que ya convencido

de mí no pueden temer,
nada me resta que hacer
si no buscar el olvido.
Lejos me iré á procurar
donde este recuerdo ceda,
y tan pronto como pueda
me ausentaré del lugar.
Vivan todos en sosiego
sin que á su dicha me oponga;
pronto estoy, cuando disponga,
á pedir perdon á Diego.
Dígaselo usted así,
y que me ausente permita. (*medio mutis.*)

ROQUE. No, Antonio, se necesita
que permanezca usté aquí.
Allí, postrado en su cama,
con la humildad del cristiano,
está espirando un anciano
que Dios á su lado llama.
La conyugal disension
dobla su amargo sufrir;
justo es que antes de morir
goce en su conciliacion.

ANTO. Aunque me cueste amargura,
esperaré resignado;
¿pero ese estremo es llegado?
Tan malo está el Señor Cura?

ROQUE. Decirlo es cosa cruel;
pero el sol que se vá á alzar,
sus luces al derramar
no alumbrarán para él.

ESCENA X.

Dichos y ANASTASIO.

ANAS. Ay D. Roque! Acuda usted!
Vaya, por Dios, allá dentro;
que el señor Cura está... así...
de cierto modo... que temo...
digo... tal vez me equivoque...
mas me figuro... recelo...

ROQUE. Pero bien, qué ha sucedido?

MARIA. Habla pronto.

ANAS. Si no acierto
á esplicarme; pero vaya;
entre usted... entre al momento.

ROQUE. Dios mio! Prestadme ayuda
en este instante supremo. (*vase* 1.ª *puerta.*)

MARÍA. Ven, Julian; ven al lado
del que tanto le debemos;
él nos sostuvo en sus brazos,
sosten le presten los nuestros.
ANAS. Cá! No señora! Si quiere
que á esta sala le saquemos,
para dar su bendicion
á los vecinos del pueblo!
JULIAN. Pues no acabas de decir...
ANAS. Y lo que dige es lo cierto;
estaba hablando tranquilo,
aunque muy bajo, con Diego,
cuando de pronto su frente
se inclinó sobre su pecho;
respiraba con trabajo,
y un sudor cubrió su cuerpo
tan frio como la nieve;
entonces, con grande esfuerzo,
apenas articulando,
manifestó su deseo
de que hasta aquí le trageran;
yo la comision acepto
de avisar por el lugar,
y salgo con tal pretesto,
pues las lágrimas me ahogaban
al ver que ya le perdemos.
MARÍA. Madre de los afligidos!
Escuchad mi humilde ruego!
Guardad la vida á ese anciano
á quien tanto amor le debo!
ANAS. Me voy... me voy á cumplir
con mi comision, y luego...
luego... no sé lo que haré;
porque estoy que no me entiendo. (*vase iz.*)
(*ha estado observando en la primera puerta derecha y baja ahora.*)
ANTO. Calma, María, tu llanto,
porque, segun lo que observo,
ya le traen hácia aquí
entre D. Roque y tu Diego.

ESCENA XI.

Dichos, el padre JUAN, *sostenido por* ROQUE *y* DIEGO *que le colocan en el sillon que está en medio de la escena.*

MARÍA. Padre! (*cayendo á sus piés anegada en llanto.*)

JULIAN. Señor! (*lo mismo.*)
CURA. Hija mia!
MARÍA. Vuestra mano!
CURA. Ya está helada!
No lloreis, mi hora es llegada!
La espero con alegría!
Solo siento que no pude
volverte la paz perdida;
que te quedas afligida
y sin nadie que te escude.
La saña se ceba en tí
de un hombre que sin razon...
ANTO. (*desde la salida del padre Juan, ha permanecido apartado y viene ahora á hincarse ante el Cura.*)
No; que á pedir su perdon
viene el delincuente aquí.
DIEGO. Antonio! (*yendo á él en actitud amenazante.*)
ROQUE. Cese tu ira; (*interponiéndose.*)
que si turbó tu quietud,
donde empieza la virtud
la falta de ayer espira!...

(La colocacion, contando por la derecha del actor, es la siguiente: Antonio, Diego, Roque, el padre Juan, el niño y María.)

ANTO. Sí, Diego; torpe y sin juicio
yo tu honor quise manchar,
dejándome abandonar
por el sendero del vicio.
Una y mil veces luché
con alma hácia el bien opuesta;
pero á mi infame propuesta
siempre repulsas hallé.
Por ello, el labio te jura
no faltó tu esposa en nada;
que está honrada, y es honrada
á pesar de mi locura.
De aquí á marcharme me obligo;
mas, si generoso eres,
dame la mano, si quieres,
para ser desde hoy tu amigo.
DIEGO. Dios te lo premie; los lazos
vuelves á atar de mi amor;
bien mereces, sin rencor,
no la mano, y sí los brazos. (*abrazándole.*)
Hijo! María! Estrechad

tambien mi pecho gozoso!
(*pasando por detrás del Cura, á colocarse, á la izquierda en medio de los dos.*)

CURA. Dios mio! Ya soy dichoso!
Hágase tu voluntad:
Siempre el pobre peregrino
en tu favor confió...
Mas quién el prodigio obró
de atraerle al buen camino?

ANTO. Un arcángel de inocencia
que aquí vuestra dicha labra,
cuya elocuente palabra
de Dios recibe su ciencia!
Un niño qué, porque asombre
entre mil prendas y mil,
une á su edad infantil
la severidad del hombre!

CURA. Julian! (*Poniendo con trabajo su mano sobre la cabeza del niño que está de rodillas.*)

ANTO. El supo mostrarme
el error en que he incurrido.

JULIAN. Solamente he repetido
lo que usted quiso enseñarme.
Usted, que con sus acciones
á la virtud alzó un templo.
Usted, que su santo ejemplo
me prestó, con sus lecciones.
Usted, que dió á mi existir
la luz, la idea, el amor!

CURA. Cuánto bien me dais, Señor,
en el trance de morir!
Yo os alabo... y perdon pido...
porque... siento... que penetra...

TODOS. Jesus! (*Al notar que el último aliento se estingue en el padre Juan.*)

CURA. Anastasio! Petra!
Gaspar?... Gaspar no ha venido?
Mi adios les quisiera dar!
Morir de todos al lado!

ROQUE. Aquí llega, acompañado
de todos los del lugar.

ESCENA XII.

Dichos, D. GASPAR, ANASTASIO, PETRA, *hombres, mujeres, niños y mendigos,* que con religioso silencio invaden la escena, formando un medio círculo que empieza desde el proscenio, dejando en medio á los actores; como este nú-

mero deberá ser lo mayor posible, los que no quepan en la escena, se colocarán agrupados por fuera de las dos grandes ventanas que estarán abiertas, asi como en las peñas y subidas del monte que cierra el último término, para formar un cuadro completo y alegórico, el cual puede estudiarse, dando á las figuras distintas posiciones que armonicen con la situacion: todos están descubiertos.

Cura. Hijos, mi deuda es cumplida!
A Dios mi espíritu pasa!
Sed buenos; amaos sin tasa,
que Dios premia en la otra vida.
Asi... os lo ruega... mi amor...
y de todos me despido!..
Ahora... sacerdote unjido...
encomiéndame al Señor!

(Todos los presentes caen de rodillas, escepto Roque, que pasa á colocarse detras del sillon del Cura, dominando el cuadro, una gran pausa; despues de ella, en medio del mayor silencio y en tono elevado, y á la vez muy sentido, dice Roque con solemnidad.)

Roque. En el nombre del que vive
en la celeste mansion;
de quien la inmensa creacion
vida y aliento recibe;
que es justo y omnipotente,
infinito, sábio, humano,
estiendo mi humilde mano,
pecador, sobre tu frente; (*Pausa corta y estendiendo ambas manos sobre la cabeza del Cura.*)
alma, que del bien en pós
suspiros al cielo exhalas,
y del espacio en las alas
vas al tribunal de Dios;
crees, con firme deseo,
que EL es el solo que encierra
de los cielos y la tierra
la gran potestad?

Cura. Si creo!

Roque. Espíritu que invisible
dejas la humana corteza
para admirar la grandeza
del Creador infalible;
confias en el que pío
en la cruz nos ha salvado,
que olvidando tu pecado
te perdone?

Cura. Si confio!

Roque. Aliento lleno de vida

que la gracia celestial
puso en vaso terrenal
hasta la final partida;
esperas, cuando el postrero
estertor rompa tus lazos,
que el Señor tienda sus brazos
para acogerte?

Cura. Si espero!

Roque. Si es así, ruega sumiso
por tus culpas con fervor,
porque ya te abre el Señor,
las puerta del paraiso!
En EL los ojos poniendo,
vuela de su gloria en pós!

Cura. *Mi espíritu, santo Dios,*
en tus manos encomiendo!! (*Muere.*)

Todos. Ah! (*Muy apagado.*)
(*Despues de una corta pausa, con el mayor sentimiento.*)

Roque. Una lágrima leal,
y una oracion os implora,
el alma que vive ahora
en la mansion eternal!!!

(Desde el momento en que ha empezado Roque á encomendar el alma al P. Juan, la luz de la aurora empieza á iluminar los últimos fondos de la decoracion, y á oirse el canto de las aves: de modo que al terminarse el drama, una luz rosada, pero clara, llena el escenario y presta su tinta al cuadro: si se creyese oportuno, la orquesta puede tocar una armonía muy piana, alusiva á la situacion.)

FIN.

PINTO:
Imprenta de G. Alhambra, Monjas, 8.

1867.

Advertencia á los Sres. directores de escena.

Considerando el autor como principal escena para el desenlace del drama, la 8.ª de este acto, entre Antonio, María y Julian, encarga muy especialmente téngase cuidado de prevenir que todos los argumentos del niño sean dichos con la mayor sencillez, pero, con sentimiento; pues desapareciendo este tinte de inocencia, desaparecería por consiguiente el efecto de sus máximas y consejos, que deben creerse hijas de una educacion especial y de una sensibilidad esquisita. Antonio, es un personaje, que para no perder nada de su fuerza, necesita preparar su conversion, digámoslo así, sin que esta sea vergonzosa, sino digna y fruto de un corazon escarriado pero no malo, que hiere en las mas delicadas fibras Julian con sus reflexiones; la gesticulacion ha de marcar en sus periodos de silencio la impresion de las palabras que escucha, preparando de este modo sus contestaciones gradualmente, mas sentidas hasta el término de la escena: la actriz encargada del papel de María, poco ligada en el diálogo, estudiará su posicion, tanto para no hacerla violenta, cuanto para dar vida á la situacion; siempre digna, pero sentida, noble y resignada.

Respecto del desenlace, solamente hay que advertir, que el cuadro esplicado se estudie mucho, y que la muerte del padre Juan, es la verdadera muerte del justo; no hay dolores ni padecimientos físicos; la edad, las amarguras de la vida, acaban su existencia, con resignacion, con alegría, con el convencimiento de la pureza de sus acciones; es una luz que se aniquila, conservando siempre la claridad límpida de su pureza. Lo que habla desde su salida hasta el final, lentamente, y su voz apagada, pero siempre dulce; aléjese toda idea de la deformidad y repugnancia de la muerte; se han suprimido las anotaciones marginadas en el diálogo, porque hay situaciones que no pueden esplicarse; se necesita que el talento del actor las comprenda: para los que no están en este número, las acotaciones mas bien los ofuscan, y las advertencias son inútiles.

José María de Vivancos.

